

## Reseña de libros

### EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

*Plato's Phaedo*. Translated with an introduction and commentary by R. HACKFORTH. Cambridge University Press, 1972. VII + 200 pp.

Como en el caso de los dos trabajos, ya comentados, del mismo Hackforth, nos encontramos ante la primera reimpresión de la primera edición, publicada igualmente en Cambridge en 1955.

Durante más de cincuenta años el estudio del *Fedón*, para los ingleses, ha estado unido a la figura de J. Burnet; si Hackforth lo menciona es más para discrepar de él que para aceptar sus puntos de vista, lo que en nada merma el mérito y reconocimiento para el trabajo de aquél. Tanto en las notas como en el comentario Hackforth se reconoce deudor de los estudios de F. M. Cornford, D. Ross y A. E. Taylor. Entre las numerosas versiones inglesas del *Fedón* anteriores a 1955, fecha real del presente libro, destaca, como más reciente, la de R. S. Bluck (1955), con introducción y comentario. Sin embargo, este libro, según indica el mismo Hackforth en el prefacio, no pudo utilizarlo, siendo, en cambio, la edición y traducción de L. Robin en la Budé la más manejada por nuestro autor.

Al igual que en la traducción del *Fedro*, también se hace aquí un pequeño análisis del contenido de cada sección en que divide el diálogo, concretamente veintidós, pasando luego a hacer el comentario al final de cada una de aquéllas, después de la traducción correspondiente. El libro se completa con unas notas adicionales, al final del trabajo, sobre puntos especialmente complejos desde el aspecto del texto, así como una selección de la crítica al *Fedón* hecha por Estratón el Físico. Sigue para ello la edición de Wehrli *Die Schule des Aristoteles*, Heft V, *Strato von Lampsakos* (1950), añadiendo también la numeración por páginas según la edición de Olimpodoro hecha por Norvin. Las objeciones de Estratón, recogidas por Hackforth, se dirigen a la teoría de los contrarios, a la exclusión de los opuestos, a la teoría de la reminiscencia y a la refutación de la teoría de la armonía del alma.

La traducción y comentario se ven acrecentados por las indicaciones hechas por Page y Sandbach. Como en el caso del *Fedro* y *Filebo*, se sigue la edición de Burnet, con mención, en notas, de las discrepancias.

En cuanto a la división de las diferentes partes del diálogo, puede decirse que se sigue con bastante fidelidad la segmentación hecha por Robin. Considera Hackforth que el *Fedón* no tiene como metas fundamentales ni probar la inmortalidad del alma, ni ser el tributo de admiración al maestro y amigo que fue Sócrates, ni tampoco pretender exponer una metafísica. Sino que, al contrario, toma parte de cada uno de estos elementos para ampliar y profundizar en la

esencia misma de la enseñanza socrática. Esto, naturalmente, a través de un Sócrates platonizado. Esa enseñanza de Sócrates sería, en suma, que sólo en una existencia filosófica se cumplen los anhelos del alma y el deseo de verdad.

En lo referente a la composición formal del diálogo, sí se deja entrever algo del dramatismo del *Fedón*, pero sin salirse para nada de lo que tradicionalmente viene diciéndose a este respecto. Falta, por completo, dar una visión global de la marcha dramática de las ideas en unas formas literarias y no en otras, siendo, como es el *Fedón*, uno de los diálogos más propicios para hacer un comentario de este tipo y donde, además, más claramente aparece una estructura agonal en la que el contenido va retrocediendo y avanzando dramáticamente a medida que se aproxima el desenlace doloroso, de un lado, pero liberador, de otro.

La traducción, en líneas generales, es interesante y realizada con un planteamiento similar a las ya comentadas en los otros dos libros de Hackforth. Particularmente válidas son las notas adicionales de que ya hemos hablado. La postura tomada ante los pasajes más espinosos es un tanto ecléctica, resolviéndose las más veces con un criterio logicista. El manejo de la edición de Robin, como hemos apuntado, es continuo, no siempre le acepta; al contrario, detecta ciertos descuidos de la traducción de Robin respecto al texto que propone.

P. BÁDENAS DE LA PEÑA

*Plato's Phaedrus*. Translated with an introduction and commentary by R. HACKFORTH. Cambridge University Press, 1972. VII + 172 pp.

Asistimos con este trabajo de Hackforth, igual que en el caso de *Filebo* y *Fedón*, a una reimpresión de la primera edición publicada igualmente en Cambridge en 1952. Quizá el mayor interés de esta traducción anotada y comentada del *Fedón* sea el hecho de que en inglés, desde 1868 en que W. H. Thompson llevó a cabo esta tarea, no había aparecido ningún otro comentario sobre este diálogo hasta el presente de Hackforth en 1952. Muy usado por nuestro autor ha sido el excelente libro de Thompson, junto también con la edición y traducción de L. Robin en la colección Budé (París, 1933). También debe mucho Hackforth a obras como *Les mythes de Platon* de Perceval Frutiger (París, 1930) o trabajos como el de Friedländer *Die Platonischen Schriften* (1930) y a su volumen de ensayos *Eidos, Paideia, Dialogos* (1928). El texto seguido fundamentalmente, salvo en contadas ocasiones convenientemente anotadas, es el de Burnet.

Se ha alterado en este libro la disposición del comentario respecto a lo hecho en el caso del *Filebo* (cf. supra). El texto aparece dividido en veintiséis secciones, conforme al desarrollo de los distintos temas tratados por Platón, y se introduce cada pasaje con un breve análisis explicativo del contenido; a continuación, tras la traducción se hace el comentario respectivo. (Cf. las reseñas a propósito de la primera edición *CPh* 1955, pp. 75-76, John G. Hawthorne y *CR* 1955, pp. 157-159, J. Tate.) Las innovaciones o enmiendas que podrían haberse introducido no se llevan a cabo, permaneciendo aún incluso erratas como la de la p. 59, l. 31 («care of sickness» en lugar de «cure»).

En lo referente a la cronología del *Fedón* Hackforth no se atreve a dar una fecha precisa, si bien propone como la más probable la del 370 aproximadamente.

Lo cual coincide con la fecha que da Howland (*CQ* 1937, p. 151 y ss.) encaja también con la cronología de Robin, que sitúa al *Fedro* junto con el *Teeteto*, antes del segundo viaje a Sicilia. Hackforth realiza, previamente, una cuidada síntesis de la exhaustiva investigación de von Arnim (*Platos Jugenddialoge und die Entstehungszeit des Phaidros*, 1914) sobre el mismo punto, así como de los trabajos de Taylor, Wilamowitz y Jäger. El comentario de Hackforth señala tres objetivos: a) justificar el ejercicio de la filosofía, en el sentido platónico del término, como educación del alma; b) establecer las bases de una nueva retórica y c) dar a conocer un nuevo método de investigación filosófica, la dialéctica. El comentario de Hackforth es bastante completo, tradicional en parte, y útil sobre todo por la continua relación que va haciendo con otros diálogos y las aclaraciones sobre el desarrollo del pensamiento de Platón, como, por ejemplo, las valiosas anotaciones sobre la teoría de la reminiscencia (p. 69 ss.), los nuevos métodos de hipótesis (p. 136 ss.), etc. La traducción, en cambio, no llega al mismo nivel que el del comentario; su principal mérito es la claridad y la adecuación al estilo de las diferentes partes del diálogo, mientras que en la traducción de los pasajes míticos se pierde un poco la fuerza poética del original. El texto, como decíamos, no se separa, en general, del de Burnet. En el conocido y discutido pasaje sobre la inmortalidad del alma, 245 c ss., que Hackforth comenta en las pp. 64 a 68, se rechaza la lectura αὐτοκίνητον ἀθάνατον del papiro *Oxy.* 1017, aceptada y defendida con acierto por Robin. El editor francés considera preferible la lección del papiro, ya que así queda mejor establecido que lo que se mueve a sí mismo puede ser principio de movimiento, tanto para sí como para lo movido, y así eternamente. Mientras que de seguir el texto tradicional: αἰκίνητον (*Cicerón, Tusc.* 1. 23, 52 *quod semper mouetur*), mal podría comprenderse que Platón opusiera a lo que siempre se mueve (δέ), lo que no se mueve a sí mismo, sino que es movido por otra cosa. Además, no habría manera de presentar como una consecuencia (δή) que lo que se mueve a sí mismo no puede cesar de moverse sin dejar de existir. Por otra parte, más adelante, en 245 e Platón dice: ἀθάνατον δὲ περασμένου τοῦ ὑφ' ἑαυτοῦ κινουμένου, ψυχῆς οὐσίαν τε καὶ λόγον αὐτὸν τις λέγων οὐκ αἰσχυρεῖται, que parece, a todas luces, la conclusión que Platón saca de la demostración iniciada en 245 c sobre la inmortalidad de lo que se mueve a sí mismo. Frente a esto Hackforth opone que la lectura del papiro no puede valer más que la argumentación que se desprende de la lógica del pasaje en su conjunto. Hackforth ve una dicotomía en τὸ κινητόν, que se explica mediante símbolos: siendo *A* τὸ ὑπ' ἄλλου κινούμενον y *B* τὸ αὐτὸ κινούμενον (τὸ ὑφ' ἑαυτοῦ κινούμενον), el movimiento de *A* depende del movimiento continuo de *B*. *A* puede dejar de ser movido y, por tanto, si es algo vivo (ζῷον), dejar de vivir, mientras que *B* no puede detener su movimiento autooriginado y mantenido. Así, el propio movimiento es parte de la esencia de *B*. En οὐποτε λήγει κινούμενον se tiene la aclaración de αἰκίνητον, que se complementa con la noción de que a la vez también se mueva a sí mismo, viéndose, de este modo, en el pasaje 245 e una segunda noción más que un complemento, como quería hacer ver Robin. Por último, digamos que el trabajo de Hackforth se ve acrecentado, en sus partes centrales, con las indicaciones de W. K. C. Guthrie.

P. BÁDENAS DE LA PEÑA

KERTSCH, M.—*Kommentar zur 30. Rede des Demosthenes (gegen Onetor I)*. Dissertationen der Universität Graz. Wien, Verlag Notring, 1971. 114 pp.

El trabajo de Kertsch consta de dos apartados principales seguidos de sus notas correspondientes. Un buen índice bibliográfico va colocado al principio de la obra, precedido de una breve nota preliminar.

En la introducción, primero de los apartados, se describen los acontecimientos anteriores en relación con el proceso contra Onetor. A continuación se recogen algunos datos de la vida de Demóstenes, Onetor, Afobo y Timócrates, que ayudan a la comprensión del discurso demosténico, que se encuadra dentro de los llamados λόγοι επιτροπικοί. El autor termina este capítulo con una referencia a los resultados obtenidos por los historiadores del Derecho en relación con lo que se entendía por δίκη επιτροπῆς (Becker y Harrison), δίκη ἐξούλης (Rabel, Lipsius y Harrison) y ἀποτίμημα (Paoli y definición de Harrison).

El comentario al texto, que ocupa toda la segunda parte, comienza por el mismo título de la obra en los manuscritos y en las ediciones más modernas, en los que aparece como Κατ'Ονήτορος, Πρὸς Ὀνήτορα ο Κατ'Ονήτορος ἐξούλης ο Πρὸς Ὀνήτορα ἐξούλης. La construcción con genitivo parece ser la correcta y se corresponde con la *actio* romana.

Resumiendo, en general, algunas de las notas destacables del comentario que nos ofrece Kertsch, diremos que somete a un examen, se podría decir que exhaustivo, todas aquellas palabras, expresiones o frases que, de alguna manera, pueden presentar alguna dificultad desde los puntos de vista más diversos. Son discusiones de crítica textual; comentarios a traducciones en francés y en inglés, aduciendo otros ejemplos griegos para decidirse por uno de ellos o para rechazarlas; notas a los vocablos y expresiones técnicas y al estilo; datos sobre leyes, administración, costumbres públicas y privadas en Atenas o, finalmente, un apoyo constante en obras del mismo Demóstenes o de otros autores griegos para aclarar o defender una determinada construcción o elección. Un comentario el de Kertsch clásico en su género y recomendable no sólo para la lectura del discurso primero contra Onetor, sino para los demás discursos civiles del mismo orador y, aún nos atreveríamos añadir, de los demás oradores griegos. Tan valiosos y útiles nos parecen el comentario y las notas de esta pequeña obra.

Sólo nos resta ya lamentarnos, como lo hace el autor en la nota preliminar, que conveniencias de edición le hayan impedido el ofrecer un texto crítico y la traducción del discurso. Con ello la obra hubiera ganado, sin duda, en utilidad en el momento de una posible consulta.

J. GARCÍA LÓPEZ

ARISTOTE.—*Politique. Tome II. Deuxième partie. Livres V-VI*. Texte établi et traduit par JEAN AUBONNET. Collection des Universités de France. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1973. XII + 315 pp.

La colección «Belles Lettres» continúa a buen ritmo la publicación de los libros de la *Política* de Aristóteles. Nos presenta en esta segunda parte del tomo segundo los libros V y VI después de dos años de la aparición de los anteriores.

Tras un prefacio de XII páginas donde explica las siglas de los mss. y todas las ediciones pasa a presentar el contenido del libro V en una amplia «notice». El tema desarrollado en él es las causas de destrucción y de revolución en los Estados.

Además de las ideas principales y un resumen del libro nos da el editor una exposición detallada de cada capítulo y un juicio crítico de la relación de estos temas con los libros precedentes y siguientes.

Hace resaltar la riqueza de información histórica de este libro en los ejemplos buscados en la realidad misma, procedentes de todas las partes del mundo helénico. Alude a las fuentes en que se basa Aristóteles (Heródoto, Tucídides, viajes, alumnos y amigos) y a la importancia que tiene este libro como manual práctico del hombre de Estado, ya que se interesa sobre todo por la acción humana y su eficiencia práctica. Las afirmaciones son ilustradas con innumerables casos concretos.

Los distintos capítulos son titulados por el editor con un epígrafe que resume el contenido de cada uno. Logra con ello una claridad y comodidad grandes. Una ojeada rápida le basta al lector para obtener una idea amplia de los principales temas desarrollados.

Al final del libro están las notas complementarias al prólogo, texto y traducción. Estas son en gran medida comentario del significado concreto, de la sintaxis, de la evolución del pensamiento del autor, de hechos históricos y de datos referentes a la crítica textual. Enriquecen y hacen posible una comprensión mayor de todo lo que el texto griego nos quiere decir. También se encuentra en ellas una bibliografía discreta sobre cada tema.

En estos libros, el editor aún ha contado para el manejo de los códices la colaboración del eminente filólogo A. Dain. Introduce también para el tema de los mss. la bibliografía de A. Wartelle, E. Mioni y especialmente de A. Dreizehnter con su nueva edición crítica de la *Política*, en Munich, 1970.

Del libro VI se podría decir que es como uno de los libros menores de la *Política*. El prólogo es como para el libro V exhaustivo y sigue las mismas líneas en su desarrollo.

Respecto al texto es conservador en la elección de variantes, aunque lo vuelve a examinar con cuidado. Esto se nota al compararlo con alguna edición moderna. La nota principal es atenerse a las lecturas de los códices, evitar conjeturas de todo tipo, seclusiones y adiciones, y respetar el texto transmitido por los manuscritos.

Sigue el orden tradicional de la edición de Bekker en la citación de libros, capítulos y líneas.

El aparato crítico sobresale por la prolija enumeración de conjeturas de editores y comentaristas medievales y modernos además de las variantes de los mss. Es amplio y con gran rigor en señalar las distintas manos correctoras.

Aubonnet nos ofrece una traducción adecuada al texto griego y en un estilo sencillo y expresivo de todo lo que el autor griego quiere decir.

La obra trata de ser especialmente útil para los políticos e historiadores y a la vez presenta como una edición con todo el rigor científico y crítico propios de un filólogo. La traducción, notas y comentarios siempre documentados ayudan a lograr ampliamente ambos fines.

M. GARCÍA VALDÉS

ELDERS, LEO.—*Aristotle's Theology. A commentary on book Λ of the Metaphysics.* Assen, Van Gorcum & Comp. N. V.—Dr. H. J. Prakke & H. M. G. Prakke, 1972. 309 pp.

Aunque desiguales en cuanto al número de páginas que el autor les dedica, cabe distinguir con facilidad dos partes en esta obra: la Introducción (hasta la p. 68) y el consiguiente comentario —amplio y minucioso— del libro XII de la *Metafísica* de Aristóteles (pp. 68-295). La Introducción aparece, a su vez, dividida en siete apartados. En ellos el autor se ocupa de un conjunto de conceptos y problemas que inciden directa y sustancialmente en la doctrina contenida en el libro XII de la *Metafísica* aristotélica. Hay que comenzar señalando que los temas tratados en esta Introducción han sido elegidos con verdadero acierto: la Teología del l. XII de la *Metafísica* (apdo. I), los conceptos de νοῦς, «conocimiento de sí mismo» y ὁρεσις (apdos. II, III y IV) y, en fin, los problemas del puesto que ha de asignarse a este libro dentro del conjunto de la obra aristotélica (apdo. V), su fecha de composición y estructura interna (apdo. VI), así como las peculiares dificultades que plantea su capítulo octavo, cuya doctrina de los 55 motores no parece encajar con el único motor inmóvil defendido en el resto del libro XII (apdo. VII, «Λ 8 and the problem of Aristotle's Monotheism»).

Antes de pasar a una reseña más particularizada de las ideas expuestas en esta obra, conviene poner en conocimiento del lector la orientación general que la preside. El autor es explícito en cuanto a este punto y ya en el Prefacio nos avisa de que «una de las ideas directrices es la de que existe una auténtica continuidad entre las teorías de la Academia y la doctrina aristotélica del Motor Inmóvil». La afirmación va, en este caso, más allá de los que inmediatamente y sin discusión aceptaría cualquier lector del l. XII de la *Metafísica*: no es únicamente que Aristóteles se haga cargo en él de ciertas cuestiones, especialmente de astronomía presentes en la Academia (la explícita referencia a las teorías de Eudoxo y Calipo no deja lugar a dudas), sino que el libro mismo sería platónico en su contenido, en la ontología que le sirve de base y en su forma de argumentación. Esta lectura platónica del l. XII (o, más exactamente, de la doctrina del Motor Inmóvil) preside no solamente el Comentario, sino las soluciones dadas a ciertos problemas planteados en la Introducción.

#### 1.—*El libro XII de la Metafísica de Aristóteles*

En las últimas décadas —especialmente a partir de la conocida obra de Jaeger— el tema más debatido en torno a Aristóteles no ha sido otro que el de su evolución intelectual y la consiguiente ordenación cronológica de sus obras. El número de escritos dedicados a esta cuestión es abrumador y solamente comparable con la disparidad de conclusiones a que han llegado los distintos autores por unos y otros caminos. No negaré que semejante tipo de estudios ha resultado en muchos aspectos fecundo al someterse a un análisis minucioso el léxico, la sintaxis, el estilo, las relaciones entre unas obras y otras del *Corpus*, etc. Pero sí he de añadir que los resultados de estos múltiples estudios me han llevado a una actitud preferentemente escéptica quizá porque hemos llegado a una situación en la cual los árboles no nos dejan ya ver el bosque y se hace necesaria una perspectiva distinta para contemplar aquéllos y ésta. Espero que esta profesión de escepticismo al

respecto me disculpe ante el lector por no entrar en la polémica. Me limitaré a exponer las opiniones del autor de la obra que reseño.

Don son —en líneas generales y prescindiendo de ulteriores divergencias internas— las opiniones prevalentes respecto del lugar que ocupa el l. XII de la *Metafísica* dentro del conjunto del *Corpus* aristotélico. Para algunos es un escrito temprano (o, incluso, tempranísimo) dada su orientación metafísica y su vinculación con otras obras también tempranas de Aristóteles. Otros hay, sin embargo, para quienes se trata de un escrito tardío (o, incluso, muy tardío), puesto que en él entran en juego conceptos y formulaciones (potencia y acto, el alma como forma del cuerpo, etc.) que pertenecen a la especulación aristotélica madura. Tras exponer las distintas opiniones sobre el particular (uno de los méritos de esta Introducción es que en sus distintos apartados se ofrece un útil resumen de las distintas opiniones sobre el tema en cuestión, indicando, además, los argumentos en que se basan), el autor lleva el procedimiento analítico hasta extremos pocos comunes. El l. XII de la *Metafísica* no constituye, a su juicio, una unidad, sino que es un agregado de, al menos («at least»), seis tratados o ensayos diferentes: XII, 1; XII, 6 y 7; XII, 2, 3, 4, 5; XII, 9; XII, 10; XII, 8. De esta manera, todas las opiniones formuladas hasta el presente son a la vez verdaderas y falsas, ya que entre esos seis tratados los hay tempranos y tardíos, de orientación platónica y de contenido aristotélico maduro, escritos por Aristóteles y no escritos por él (p. 56).

Esta última distinción entre lo escrito por Aristóteles y lo no escrito por él viene a cuento del capítulo 8 en que se expone la doctrina de los 55 (o 47) motores celestiales. (De este capítulo se ocupa el autor en el apartado VII de la Introducción.) Indiscutiblemente se trata de un capítulo que desde la antigüedad ha suscitado sospechas y perplejidades. (Las opiniones —cuya encuesta encontrará el lector en el apartado correspondiente— son también múltiples y divergentes: para unos su incoherencia con el resto del libro es patente, para otros no existe tal incoherencia; para unos los motores están jerarquizados, para otros no lo están; hay quienes afirman que tal capítulo es contemporáneo del resto del libro, pero los hay que lo niegan, etc.) En cuanto al autor, tras analizar concisamente su contenido, concluye en que no encaja perfectamente con el resto del libro si bien la doctrina que contiene es, en gran medida, aristotélica: se trata, posiblemente, de un escrito que no es obra de Aristóteles, sino de algún discípulo o discípulos (¿por qué varios?) que «echa(n) mano con cierta libertad de materiales procedentes de otros escritos aristotélicos» (p. 68).

## 2.—Νοῦς, conocimiento de sí mismo y ὄρεξις.

Estos conceptos constituyen, sin duda, tres elementos doctrinales de primer orden dentro de la explicación aristotélica del Motor Inmóvil: los dos primeros, en cuanto que el Motor Inmóvil es conceptualizado en términos de intelecto y auto-intelección; el de ὄρεξις porque la divinidad aparece como causa final del movimiento, como «objeto de deseo». El autor les dedica, como ya dije más arriba, tres breves apartados de la Introducción (II, III y IV, respectivamente). De acuerdo con la orientación general que preside esta obra y que más arriba he expuesto, en cada uno de estos apartados se rastrean los antecedentes de tales conceptos atendiéndose de modo preferente y casi exclusivo a Platón y la Academia

Así, en relación con el tema del  $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ , se afirma que «para entender el l. XII de la *Metafísica* es de considerable importancia analizar si Platón concedió al  $\nu\omicron\upsilon\varsigma$  el rango de principio supremo» (p. 16). El lector puede ya imaginarse la visión del platonismo ofrecida por el autor según la cual el l. XII de la *Metafísica* de Aristóteles vendría a culminar la tendencia existente en la filosofía platónica a considerar a las Ideas como objeto de la intelección divina (cf., p. 15, n. 11). En cuanto al «conocimiento de sí mismo», la exposición de la filosofía platónica al respecto resulta confusa, quizá por su esquematismo; como continuación de ésta, el autor analiza el tema de la amistad y del «conocimiento de sí» en los escritos áticos de Aristóteles para señalar la vinculación existente entre éstos y la doctrina del Motor Inmóvil. El análisis del concepto de  $\delta\rho\epsilon\iota\varsigma$  destaca, en fin, ante el lector ciertos elementos implícitos y no suficientemente desarrollados del aristotelismo respecto del «deseo» como fuerza o elemento motor a escala cósmica.

### 3.—*El comentario del l. XII de la Metafísica*

La mayor parte de la obra (pp. 69-295) está dedicada a un minucioso y documentado comentario del libro en cuestión de la *Metafísica*. En él el autor se ocupa con detalle no solamente de cuestiones filológicas, sino del análisis de la doctrina filosófica en él contenida. Ya en el Prefacio se nos indica esta intención añadiendo que «el objetivo de este comentario es reunir observaciones valiosas al respecto que aparecen dispersas en cientos de publicaciones, así como procurar un cierto avance en punto a la interpretación». Tal objetivo se consigue, a mi juicio, notablemente.

Ya quedó señalado más arriba cómo el autor lee la doctrina del Motor Inmóvil desde el horizonte de la filosofía platónica. Añadiré, una vez más, en esta ocasión, que no se trata solamente de que haya (y las hay) múltiples referencias a conceptos y doctrinas platónicas, referencias todas ellas ilustrativas y útiles. Especialmente en los capítulos 1, 6 y 7 la interpretación ofrecida es inequívocamente platonizante. Platónica es, a juicio del autor, la ontología que sirve de fundamento al escrito cuya línea argumentativa se apoya en la causalidad formal y en la jerarquización de las  $\omicron\upsilon\sigma\iota\alpha$ ; la tripartición del movimiento ofrecida por Aristóteles es igualmente académica, así como la utilización del esquema de los contrarios como base para la deducción y conceptualización del Motor Inmóvil.

No entraré en detalles sobre las interpretaciones que L. Elders ofrece de ciertos pasajes concretos del l. XII de la *Metafísica*. Los hay en que, a mi juicio, su óptica platonizante resulta excesiva y, por tanto, deformadora. Así, por citar simplemente algún ejemplo, en 1069 a 21 (p. 76) y 1070 a 34 (p. 114) en que se prescinde del esquema aristotélico de las categorías para explicar el pasaje en función de doctrinas platónicas. Igualmente en 1072 a 24 (p. 163).

Seguramente el lector encontrará diversos puntos discutibles en el Comentario ofrecido por L. Elders en esta obra. No negará, sin embargo, que se trata de una obra seria y de una aportación notable por la erudición que encierra y la cantidad de datos que en ella se contienen.

TOMÁS CALVO

DIODORE DE SICILE.—*Bibliothèque Historique. Livre XII. Texte établi et traduit par Michel Casevitz. Paris, «Les Belles Lettres», 1972. XXIII + 133 pp. (muchas con numeración duplicada).*

Nos encontramos ante el primer fruto de un esfuerzo ambicioso que pretende ofrecer una nueva edición crítica de todo Diodoro. Obra de un grupo de especialistas, proyectada desde hace más de diez años, reposa sobre una colación sistemática y enteramente nueva de los manuscritos de base, realizada esencialmente por Pierre Bertrac. Lástima que no haya aparecido todavía la introducción general a todo Diodoro, que suministraría al lector un estado de los estudios diodoreos y permitiría ver sinópticamente la nueva concepción de la transmisión del texto, sin necesidad de acudir, para este punto, al estudio parcial de Bertrac en la *REG* 78 1965, pp. XXXIV ss.

Este tomo se abre con una *Notice* (pp. XI-XXII), en la que se nos ofrece una sucinta exposición de la problemática del libro XII de la *Biblioteca Histórica*. A juzgar por su desmesurado exordio, que desborda el período comprendido entre 450 y 415 a. C., resulta probable que fuese editado aparte por su autor. Casevitz intenta, y creo que logra, revalorizar a Diodoro como documento importante para la historia del mundo griego y romano de este período, relegando sus incoherencias a discrepancias de sus fuentes (vd. por ej., cap. 38-40, sobre Pericles). Problema complejo, precisamente, el de las fuentes de este libro XII, cuya cronología parece reposar, para lo griego, sobre la *Cronología*, de Eratóstenes, pero para lo romano parece imposible rebasar el nivel de las meras hipótesis, como demostró G. Perl (en su fundamentales *Kritische Untersuchungen zu Diodors römische Jahrzahlung*, Berlín, 1957), a quien juiciosamente sigue Casevitz. Acerca del relato de los hechos, la fuente tradicionalmente admitida es la *Historia Universal* de Eforo, pero no parece que todo dependa de él, y es probablemente cierta la tesis de J. Palm (en *Ueber Sprache und Stil der Diodoros von Sizilien*, Lund, 1955), de que en algunos pasajes resume la obra de Tucídides; directa o indirectamente, parece que ha utilizado obras de Antioco de Siracusa, de Timeo (para lo relativo a Sicilia y para el pasaje, tan ameno, de Carondas y Zaleuco), de Sileno, de Filisto, etc. En sus notas constata Casevitz las divergencias, dejando al historiador la tarea de interpretarlas.

Sigue, dentro de la citada *Notice*, un brevísimo estudio de la transmisión. Los 22 mss. de este libro XII son clasificados en dos familias:

a) La encabezada por el *Palmyriacus* 50 (*P*) y su apógrafo (*sic*) el *Scorialensis* Σ-III-5 (*S*).

b) La presidida por el *Marcianus* gr. 375 (*M*) que, a través de algún que otro eslabón intermedio, está a la base del grueso de los *recentiores* utilizados por los editores anteriores.

Ninguna de estas familias debe ser privilegiada respecto a la otra. En nuestra opinión, la tesis de que *S* es un apógrafo de *P*, no es exacta. Siguiendo detenidamente las lecturas de ambos códices aducidas en el aparato crítico, no parece posible afirmar su dependencia directa. V., por ejemplo: p. 4 (1, 12): καὶ τὰς *SMF* Exc.: κατὰς *P*; p. 5 (1, 7): Σωκράτην *SMF*: Σωκράτη *P*; p. 11 (9, 26): ἰκετῶν *PMF*: οἰκετῶν *S*; p. 13 (10, 12): ὑπὸ δὲ τούτων *PMF*: τούτων δὲ *P*<sup>2</sup>. *S*. Esta muestra, que podría extenderse mucho más, me parece inclinar más bien hacia otra explicación: *P* y *S* están *emparentados*, pero no son apógrafos en el sentido estricto de la palabra. El parentesco no implica dependencia directa, por

lo cual debe reservarse la palabra 'apógrafo' para aquellos códices que, por evidencia *interna* (fundamentalmente que las discrepancias entre ambos no se encuentren en otros códices de otras familias) y *externa* (hacer históricamente verosímil una dependencia directa), están copiados uno de otro. En cualquier caso, esta cuestión terminológica (aunque no irrelevante) no ha impedido que el autor proceda acertadamente al consignar en el aparato las lecturas de ambos códices.

El *aparato crítico*, concebido exclusivamente en función de la constitución del texto, está bien hecho desde ese punto de vista. Otra cuestión, para nosotros básica, sería que fuese útil para la estemática, y en este sentido es completamente insuficiente. Para relacionar códices no se puede prescindir de la ortografía ni pasar por alto («Il va de soi que nous avons négligé de signaler dans l'apparat les lapsus manifestes des copistes», p. XXI) los errores evidentes. En una *editio maior* (y tras un trabajo como el emprendido para esta obra cualquier otro tipo de edición carece de objeto) el aparato debiera atender a ambos objetivos, e ir acompañado de un apartado de *loci similes* (lamentablemente ausente), útil para la investigación histórica y sólo parcialmente suplido por las notas.

El *texto* ha sido establecido por criterios estrictamente filológicos, mereciendo elogio la excelente información de su editor sobre él. Me limito a reseñar algunas anotaciones de lectura sobre los primeros capítulos, incluyendo también la traducción, que en general es excelente: p. 5, l. 6-7: el texto griego habla de los discípulos de Sócrates, Platón y Aristóteles, siendo la traducción algo inexacta; p. 6, l. 11: por ἀρεταῖς propongo leer ἐρέταις, que da mejor sentido; p. 7, l. 17: trabajosa pero exacta traducción del preverbo de ἐκπολιορκῆσαι «l'assiéger et de la réduire»; p. 8, l. 14: la traducción de ναῦν μακρὰν por «vaisseaux de guerre» parece que precisa excesivamente; p. 10, l. 13: por οὔτος propongo leer οὕτως, Cp. p. 42, l. 13: οὕτως MF: οὔτος PS; p. 12, l. 25: la lectura πολιτείας de PS me parece claramente preferible a ἀποικίας, que es un error mecánico. Cp. p. 11, l. 7 ss; p. 13, l. 12-14: la reconstrucción de Casevitz es muy inteligente, pero la sintaxis resultante parece un poco forzada; p. 17, l. 1 del aparato: en lugar de Eurip. poner, para ser exactos, *codd. Eurip.*; p. 22, l. 11 ss.: desde ἐνιοί hasta νομοθέτη me parece una muy probable interpolación; p. 24, l. 19: por Πόπλιος escribir Ἄππιος, corrección que me parece evidente; p. 26, l. 18: sería deseable, a efectos estemáticos, saber si la omisión de ἀμωτέρους τοῦς en P existe también en S.

En resumen, el trabajo de Casevitz es merecedor de la máxima atención de los filólogos. La calidad de su traducción, la acribia en la constitución del texto, las valiosas y nuevas colaciones que ofrece y la actual información de sus notas hacen de esta obra una importante contribución a los estudios diodoreos.

F. PIÑERO

PLUTARQUE.—*Oeuvres Morales*: T. IX, Première Partie: *Propos de Table, Livres I-III*. Texte établi et traduit par FRANÇOIS FUHRMANN. Paris, «Les Belles Lettres», 1972. XXXVI + 207 pp. (muchas con muneración doble).

Nos encontramos ante una nueva edición de los tres primeros libros de los Συμπωσιακά de Plutarco, dentro del proyecto editorial de amplio alcance emprendido por la prestigiosa colección francesa para ofrecer en bilingüe los *Moralia* de Plutarco. Este tomo es particularmente interesante por los problemas que los

Συμποσιακά plantean, tanto para la historia de un género literario insuficientemente conservado como por la peculiaridades que la transmisión presenta.

François Fuhrmann nos ofrece, en la introducción a su edición, un estado de los estudios, resumiendo una selecta bibliografía y apuntando hipótesis de interés. Respecto al problema de las repeticiones, inconsecuencias, contradicciones e incluso negligencias observables en el escrito de Plutarco, prefiere atribuir las a una relativa rapidez en el trabajo, antes que interpretarlas como reflejo de la realidad de las conversaciones reseñadas. Gran acierto me parece su insistencia en el aspecto libresco de estas pretendidas conversaciones, cualidad que la crítica no siempre ha tenido presente. En su opinión la obra es, en gran parte, el desarrollo, en gran medida original, de notas tomadas por Plutarco durante sus lecturas. La escasez de noticias sobre las obras similares de Aristóxeno, Perseo el Estoico y Dídimo hace un poco atrevidas algunas afirmaciones de Fuhrmann, como, por ejemplo, la de que la obra de Plutarco constituye una importante renovación del género simposiaco. En esta reconstrucción hipotética de la evolución nos parece también inadecuado llamar «insipide compilación» (p. XIX) a los *Deipnosophistae* de Ateneo, obra que de todo tiene menos de insípida.

La panorámica de las fuentes, desde el influjo manifiesto de Platón hasta el más velado de Heródoto, Jenofonte y los Atidógrafos, pasando por las reminiscencias hipocráticas y de medicina helenística, de los escritos de Teofrasto y del *Corpus Aristotelicum*, ha sido bien resumida por Fuhrmann. En este campo, algunas de sus afirmaciones nos parece que requerirían ulteriores desarrollos. No vemos claro, por ejemplo, por qué postula que la utilización de los escritos de Herófilo o Erasistrato no es directa (p. XXI), siendo así que importantes fragmentos de ambos se conservan en autores posteriores a Plutarco. También nos gustaría un mayor desarrollo de la tesis de que las conexiones más evidentes con el *Corpus Hippocraticum* se dan en el dominio de la farmacopea (p. XXI), pues en principio el confusionismo reinante en el *Corpus* en ese campo parece un serio impedimento para sacar conclusiones de ese tipo.

La historia del texto (pp. XXVII y ss.) es en extremo curiosa. Los trece manuscritos conservados dependen todos, directa o indirectamente, del *Vindobonensis phil. gr. 148* (s. X; sigla T), como resulta evidente a partir de la conocida laguna en el libro noveno. Este hecho dificulta en gran medida la edición y justifica el frecuente recurso a las conjeturas de los filólogos. Hubiera sido muy deseable, desde este punto de vista, la elaboración de un aparato de *Testimonia*, insuficientemente suplido por las notas complementarias, que facilitara a la vez el manejo de la tradición indirecta tan llena, como es sabido desde el estudio de C. Hubert («Zur indirekten Ueberlieferung der Tischgespräche Plutarchs», en *Hermes*, 1938, pp. 308-328; completar la referencia a este artículo en p. XXX, n. 3, que omite la revista y el año), de dificultades aún no resueltas. En concreto, la tesis de Hubert —aceptada por Fuhrmann— de que Macrobio no ha utilizado un texto de los Συμποσιακά más amplio que el recibido tradicionalmente, no me parece, sin más, evidente, y creo que los estudios a este respecto de Volkmann, Linke y Wissowa no han recibido por el momento una refutación convincente. Pasando a un problema afín, me parece un manifiesto error afirmar (p. XXXII) que los testimonios de Aulo Gelio, los *Geoponica*, Glycas, Diógenes Laercio y Lido, carecen de valor para la historia de la transmisión del texto. No hay que confundir la utilidad de un testimonio a la hora de constituir un texto, con la luz que cualquier cita en un autor antiguo proyecta sobre su difusión y, en consecuen-

cia, sobre su transmisión. En esos casos es con frecuencia más útil lo que no discrepa que lo que introduce variaciones. Una última sugerencia sobre la introducción: se echa en falta una bibliografía ceñida a esta obra de Plutarco. En la página XXXVI sugiere el autor cuatro adiciones a la bibliografía de la edición de Hubert, pero así y todo no refleja ni de lejos el material que maneja, y sólo de la lectura de las notas complementarias se podrían sacar más de diez títulos fundamentales.

Para la constitución del texto la edición de Hubert en la *Bibliotheca Teubneriana* constituía un sólido punto de referencia, y de él parte Fuhrmann, que ha sometido el texto a una atenta revisión de la que son buena prueba sus frecuentes sugerencias. Veamos algunos pasajes del libro I: en 614 B la corrección ἀριστερέωνων es atendible y más cercana a los códices que περιστερέωνων, lectura aceptada por Hubert; en 615 B la adición al texto de la glosa marginal en T (con algunos retoques) me parece aventurada, y preferiría mantener el texto de Hubert relegando al aparato la glosa, que da buen sentido sin duda, pero que también podría entenderse como una digresión de escoliasta; para 617 A es sugestiva la fundamentación de su propuesta de eliminar el pleonasma μετὰ πολλῆς ἀδιαφορίας (cf. p. 156, n. 5), y correcto mantener esa expresión en el texto; en 617 D el texto está tan alterado que no conviene sugerir modificaciones, por eso la corrección que propone Fuhrmann para la línea 11 es demasiado hipotética para figurar en el texto; en 619 A δὲ es una corrección bastante probable; en 621 D el sentido pide claramente sustituir ὠφελίμων por σπουδαίων, u otra palabra que indique algo «serio», para no romper el aire de la frase; en 621 E la inserción de οἶνω tras ὕβριν fuerza un poco el sentido de λάθωσιν, y no me parece buena solución al problema textual que plantea οἶον; en 624 B la conjetura γεγονότος había sido avanzada ya por Ziegler, aunque con una resolución diferente del problema; en 624 E no debiera incluirse en el texto, para sanar el extraño τὸ πικρὸν, una expresión tan banal como τοῦτο ποιεῖν, sino poner *crux*, relegar al aparato esa conjetura y consignar al menos las soluciones de Bernardakis y Reiske; en 628 E la conjetura ἔλεγε da bien el sentido esperado.

En general, habría que relegar muchas conjeturas y correcciones al aparato crítico, pues en principio no parece correcto dar como texto restituciones que no tengan un elevado grado de certeza. Por lo demás, el aparato crítico es excesivamente selectivo, y no exime de la continua confrontación con el de Hubert. En estos textos, privilegiados por el trabajo de eminentes filólogos, resulta un poco pobre un aparato crítico de unas tres líneas por página. La elaboración de un repertorio de conjeturas propuestas por los filólogos situaría el texto en el nivel real de la investigación, y me parece una empresa necesaria, y esperable de un editor que tanta atención y exactitud revela. De todos modos, en su estado actual el aparato crítico resulta insuficiente, pese a sus grandes méritos, entre los que no es el menor el frecuente uso de las tan ilustrativas correcciones de Amyot.

La traducción de un texto de este estilo es siempre empresa ardua por la gama de matices semánticos que en él aflora. No he podido comprobar con las anteriores traducciones francesas la labor de Fuhrmann, pero su actitud, continuamente atento a los matices, convierte su labor en una interpretación sugestiva cuya lectura resulta siempre ilustrativa. No elude las dificultades ni recurre a la perifrasis cuando la expresión es oscura. Las notas complementarias, que acompañan a su versión, revisten la amplitud y la calidad de un comentario.

Se trata, pues, de la primera entrega de un trabajo cuya pronta culminación, dada la calidad y novedad del material utilizado y la atenta revisión a que ha sido sometido, deseamos y esperamos vivamente.

F. PIÑERO

*Iamblichus Chalcidensis in Platonis dialogos commentariorum fragmenta*, edited with translation and commentary by J. M. DILLON. *Philosophia antiqua* XXIII. Leiden, E. J. Brill, 1973. VIII + 450 pp.

Se trata de una recopilación, más que de una edición crítica propiamente dicha, de los fragmentos de los comentarios de Jámblico a los diálogos de Platón. El texto griego y el aparato crítico se basan en los de las ediciones existentes de los autores de los que Dillon ha entresacado los fragmentos: Proclo, Olimpiodoro, *Scholía Platonica*, Hermias, Siriano, Simplicio y Damascio. Pero Dillon no siempre acepta, ni a ciegas, el texto de dichas ediciones, sino que lo corrige cuando lo juzga necesario, mostrando en numerosas ocasiones gran destreza en crítica textual. Así, por no citar más que algunos casos, lee *λόγων* y no *λόγον* (p. 90), rectifica un texto de Damascio (p. 214 y *comp.* 396) y suple una laguna en un pasaje de Proclo (p. 206). La misma competencia como crítico textual se echa de ver en su acertada conjetura *Μοιμίου* en vez de *Μονικοῦ* (p. 5) y en su interesante discusión textual de un pasaje del *Fedro* (247 c 7-8; *cf.* p. 253). Los fragmentos recopilados ascienden a 132 y pertenecen a los comentarios de Jámblico a siete de los diálogos: *Alcibiades* (8), *Fedón* (5), *Sofista* (1), *Fedro* (7), *Filebo* (7), *Timeo* (90) y *Parménides* (14). De éstos solamente unos pocos (*In Tim.* 34, 62, 63, 67, 68 y 90) son citas textuales de los comentarios de Jámblico. Dillon cree, sin embargo, con fundamento, que los numerosos testimonios preservados por Proclo reflejan en lo fundamental no sólo el pensamiento, sino también la terminología de Jámblico. La recopilación de los fragmentos va precedida de una valiosa introducción (pp. 1-68), acompañada de una cuidadosa traducción y seguida de un importante comentario, bibliografía, tres apéndices y varios índices. La introducción comprende cuatro capítulos: en el primero, Dillon estudia los problemas relativos a la vida y obras de Jámblico, dividiendo éstas en tres períodos y colocando los comentarios en el segundo, que Dillon llama «porfiriano-platónico». Sumamente valioso es el capítulo II, que contiene una brillante y original síntesis de la filosofía jambliquiana, completando los estudios anteriores de E. R. Dodds, A. C. Lloyd y R. T. Wallis. En el capítulo III, Dillon destaca oportunamente las dos aportaciones fundamentales de Jámblico al comentario de la obra de Platón, que son el concepto de la unidad de tema y el establecimiento de un canon, en un orden concreto, de los diálogos platónicos (p. 56). El único reparo que tengo que oponer a esta valiosísima introducción es la exégesis errónea de un pasaje de la *Vida de Plotino* de Porfirio (9, 1-5): en primer lugar, el que Porfirio diga, refiriéndose a Anficlea, *τὴν Ἀρίστωνος τοῦ Ἰαμβλίχου υἱοῦ γεγονυῖαν γυναῖκα* (en vez de decir simplemente *τὴν Ἀρίστωνος τοῦ Ἰαμβλίχου υἱοῦ γυναῖκα*) no tiene más valor que el de determinar con mayor precisión que Anficlea era ya la mujer de Jámblico al tiempo en que era discípula de Plotino. En segundo lugar, y en consecuencia, es un error interpretar el pasaje porfiriano en el sentido de «who (subsequently) became the wife of Ariston, the son of Iamblicus» (el participio γε-

γονυῖαν = οὔσαν, dependiendo del aoristo ἔσχε, tiene aquí valor de imperfecto). Sospecho, pues, que el Jámblico mencionado por Porfirio no es nuestro filósofo, sino posiblemente el abuelo de nuestro filósofo. La traducción de los fragmentos, casi siempre del mismo Dillon, es muy esmerada (noto de paso una errata en la p. 75: «the mainly aspect» por «the manly aspect»). Una de las secciones más valiosas de la presente obra es sin duda el comentario a los fragmentos de Jámblico, figura clave en la historia del neoplatonismo posterior. Dillon pone de relieve el sentido filosófico de cada uno de los fragmentos y lo relaciona oportunamente con el resto de la obra de Jámblico. De los índices, el más importante es el «Word Index» (pp. 420-439), lista de vocablos de interés filosófico. Un ligero reparo: bajo el lema *σωματοειδής*, no se hace referencia a los dos textos más importantes, que son *In Tim.* 90, 25 y 30. Las pequeñas deficiencias que he señalado no restan mérito sustancial a esta valiosa contribución de J. M. Dillon al conocimiento de Jámblico, y, afortunadamente para los interesados en el estudio del neoplatonismo, el autor expresa en el prólogo su intención sería de completar la publicación de todos los fragmentos de Jámblico (en colaboración, al parecer, con C. Zintzen, según Wallis, *Neoplatonism*, p. 190).

J. IGAL

**SYMMAQUE.**—*Lettres, tome I (Livres I-II)*, texte établi, traduit et commenté par J. P. CALLU. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1972. 240 pp (de ellas 173 dobles).

La correspondencia de Simaco abarca las cuatro quintas partes de su obra escrita; el resto lo componen discursos y *relationes*. No es, pues, de extrañar que J. P. Callu, dedicado desde 1951 al estudio de este autor, edite y traduzca en primer lugar sus cartas: discursos y relaciones aparecerán más tarde como complemento de ellas. Pero de los diez libros de cartas de Simaco —preparados por él sólo hasta el séptimo y publicados en conjunto por su heredero Memmio antes del 409— el tomo que ahora nos ocupa presenta solamente los dos primeros. De éstos, el primero contiene la correspondencia con su padre Simaco, Ausonio, Pretextato, Probo, su hermano Celsino Ticiano, Hesperio, Antonio y Siagrio; el segundo, la mantenida con su hermano Flaviano. Simaco, en efecto, había agrupado las cartas por destinatarios, añadiendo a veces las que éstos le habían dirigido.

La edición de J. P. Callu es el último eslabón de una cadena que tiene su comienzo en 1503 con la *editio princeps*, publicada en Venecia por B. Cyniscus, y entre cuyos elementos cabe destacar las ediciones de P. Juret (París, 1580 y 1604), G. Scioppius (Mainz, 1608) y sobre todo la obra monumental de O. Seeck (*Symmachi opera*, en MGH, AA, VI, 1, Berlín, 1883). A pesar de los estudios acerca del texto de Simaco que desde principios del siglo XIX habían precedido a la edición de Seeck y de los que la siguieron, la tradición manuscrita no era todavía conocida en su totalidad: en su edición tiene en cuenta Callu por vez primera un manuscrito sin carácter de florilegio (*Luciliburgensis* 27), catorce florilegios, un códice ausoniano y cinco *excerpta*. De este modo el complemento más notable que esta edición aporta a la de Seeck es el que se refiere a los florilegios. En

la valoración de las fuentes manuscritas el editor establece la siguiente jerarquía, formulada de menor a mayor: 1) *excerpta*, 2) manuscritos ausonianos, 3) florilegios, 4) florilegios completados, 5) manuscritos no selectivos (sin condición de florilegios) perdidos, 6) manuscritos no selectivos conservados. Entre éstos el más seguro —al que sigue la edición fuera de casos excepcionales— es *P* (*Parisinus lat.* 8623), única reliquia en este caso de la época carolingia, en el que se puede reconocer una corrección de Loup de Ferrières. Según el mismo Callu, su edición es de tendencia conservadora: en los dos primeros libros que contiene sólo ofrece 15 conjeturas personales; se aparta de la de Seeck en otras 85 lecturas, pero de ellas 25 ya habían sido propuestas por otros filólogos y las 57 restantes se apoyan en los manuscritos (p. 47).

La traducción que acompaña al texto es la primera en francés que se extiende a toda la correspondencia de Símaco; en absoluto sólo existía una traducción completa anterior impresa: la italiana de A. Tedeschi de 1724. Con ella el autor espera suscitar el interés por uno de los mejores cultivadores de la prosa artística del Bajo Imperio. El estilo es intencionadamente algo arcaizante: así se pretende reflejar de algún modo la afectación de Símaco (p. 7, nota 1).

La introducción, además de los datos relativos a la historia del texto y a las características de la nueva edición, ofrece en un resumen breve, pero denso y jugoso, apreciaciones y datos acerca de la vida y obra del escritor latino: biografía, carácter, diversidad de escritos, cualidades de su lengua y estilo. En este último aspecto, se habla de las impresiones contrarias de brevedad y abundancia que la prosa de Símaco ha producido, de la construcción preponderantemente nominal de la frase, de su clasicismo y su arcaísmo, de su originalidad y modernidad, que han de buscarse particularmente en su *rotunditas*, en sus cláusulas, que participan al mismo tiempo del *cursus* métrico y de un nuevo *cursus* acentuativo.

Son útiles, sin duda, las notas explicativas del texto, que se refieren ya a la lengua, ya al contenido real o literario, y que —como es habitual en las ediciones de «Les Belles Lettres»— se dividen en las de pie de página y las complementarias, colocadas al final. Tal vez se echa de menos un pequeño índice de los destinatarios, según los cuales se agrupa la correspondencia, y, en todo caso, un índice de nombres propios, tan abundantes en la obra. Probablemente el autor reserva los índices para el tomo último.

M. MARTÍNEZ PASTOR

RAUPACH, MANFRED.—*Die Reichenauer Glossen. Teil II: Entstehung und Aufbau. Beiträge zur romanischen Philologie des Mittelalters. Editionen und Abhandlungen. Herausgegeben von Hans-Wilhelm Klein, Band I/2, Munich, Fink Verlag, 1972.*

Las Glosas de Reichenau, editadas en 1968 por Klein (cf. *EMERITA*, 41, 1973, pp. 437-448), han vuelto a ser objeto de un extenso estudio. El libro de Raupach, fiel alumno del editor, no afecta la promesa de un comentario hecha por Klein.

1. En la introducción (pp. 9-14) Raupach nos da algún detalle sobre la historia del códice que nos transmite las Glosas de Reichenau, Cod. Augiensis, perg. CCXLVIII, fol. 1<sup>r</sup>-39<sup>v</sup> de la Badische Landesbibliothek de Karlsruhe y recuerda algunos errores, que circulan en los manuales, sobre la envergadura, la cronología, la patria del glosario, lo mismo que la falsa lectura de algunas glosas.

El autor se propone estudiar:

- I. El contenido y transmisión de las Glosas (pp. 15-28);
- II. La cronología del glosario (pp. 29-60);
- III. Lugar de origen del glosario (pp. 61-186);
- IV. Estructura de las dos partes del glosario (pp. 187-278);
- V. Afinidad de las dos partes del glosario (pp. 279-286).

Sigue un breve resumen de los resultados del trabajo (pp. 297-300), un extracto estadístico (p. 301), la bibliografía (pp. 302-317) y, por último, un índice de glosas comentadas y de fenómenos fonéticos (pp. 319-320).

2. En el capítulo I el autor rectifica o corrobora las conclusiones a que habían llegado otros autores: el glosario consta de dos partes, independientes hasta cierto punto. La primera registra palabras sacadas de la Biblia, y apuntadas según se iban presentando al lector; la segunda está dispuesta «grosso modo» por orden alfabético, aunque sin seguirse un orden estricto dentro de cada letra. Aceptamos su opinión de que ni la primera ni la segunda parte son originales, aun cuando no estemos de acuerdo con algún detalle de su argumentación, sobre el que no podemos detenernos ahora.

3. Respecto a la cronología de los Glosas de Reichenau (II), el autor distingue tres aspectos, que trata por separado:

- a) Fecha en que fue escrita la copia actual,
- b) Fecha de composición del original,
- c) Antigüedad de algunas glosas.

Para *a)* rechaza las fechas propuestas anteriormente, o sea, el siglo VIII o IX, defendiendo como probable la primera mitad del siglo X (p. 30). Sobre *b)* se concluye que no ha podido ser escrito antes del año 800 (p. 38). Si le resulta relativamente fácil determinar estos dos aspectos, con argumentos paleográficos ante todo, el tercero, *c)*, es más complicado, por deber entrar en consideración indicios fonéticos, semánticos, culturales, de solvencia relativa en la mayoría de los casos, lo mismo que la argumentación que se basa en criterios sintácticos o morfológicos. El autor llega a la prudente conclusión de que parece recomendable mostrarse escépticos ante la opinión de la notable antigüedad de las Glosas (p. 60).

4. El capítulo dedicado a la «localización», dividido en tres partes:
  - a) del manuscrito,
  - b) de los textos glosados y de la fuente de las interpretaciones,
  - c) de las glosas,

nos parece el más importante de todo el estudio, *c)* sobre todo.

Una breve consideración paleográfica, unida a particularidades gráficas, permiten al autor fijar en el norte de Francia la patria del manuscrito (p. 66), aunque acaso no sea, contra lo que se había pensado, Corbie el lugar exacto de confección del códice (pp. 61-62).

Las detalladas y documentadas observaciones sobre los manuscritos de los textos glosados (punto *b)* ponen de manifiesto que unos señalan hacia el norte de Francia, y que los otros no se oponen, cuando menos, a esta orientación.

Al tratar el lugar de procedencia de las glosas (punto *c)*, el autor forma dos grandes grupos:

- 1) Glosas «románicas»,
- 2) Glosas de procedencia germánica,

advirtiendo oportunamente que para la localización serán más importantes que los criterios sacados de la grafía o de la fonética los que se fundan en la semántica y en la geografía lingüística. Los resultados a que llega son que el glosario de Reichenau ha sido escrito en tierra romance, en Francia, más exactamente, en el norte de Francia, precisando más (p. 108).

El resultado de este capítulo, que comenta glosas tan interesantes como *Callidior : uitiosior* (6), *cataracta : ... uenticula* (26), *promus : qui adent' iacet* (79), *minatur : manatiat* (220), *opilio : herbicarius* (320), y entre las de origen germánico, *turmas : fulcos* (277), *ocreas : husas* (1038), *ueru : spidus ferreus* (1357), *talpas : muli qui terram fodunt* (1572 a), es convincente, sin duda, aunque se eche de menos algún detalle:

4.1. Al tratar de los intentos de explicación de *Ebitatum : bulcatum* (506 a) y dar la opinión de Rönsch de que convendría atender *Euitatum : bullicatum*, satisfactorio a su juicio, semántica y fonéticamente, pero que tiene en contra el significado de la palabra en el pasaje bíblico, hubieran podido recordarse los repetidos casos de falta de correspondencia que él mismo constata (pp. 87 ss.).

Al explicar *ueru : spidus ferreus* comenta que *ueru* se refiere a un texto de Jerónimo, donde equivale a ὀβελός, o sea, a «obelo», y que, por tanto, o no se entendió en pasaje bíblico, o la glosa se tomó de otra fuente (p. 148); también aquí podría pensarse que, como en otros casos de falta de correspondencia entre lema e interpretación, no se tuvo presente, al glosar, el texto bíblico, sino sólo el lema. Entre los derivados españoles de esa base germánica podrían figurar también *espito*, *espita*, aunque resultarían molestos para la interpretación.

La glosa 405 a *Dele : indulge*, que llama la atención del autor por su significado antitético, está justificada en un contexto como el del salmo: *omnes iniquitates meas dele*, que significa «borra todas mis iniquidades» y que equivale a «perdona todas mis iniquidades», o sea, «indulge».

5. Las constataciones del autor sobre la estructura del glosario (cap. IV), sobre los diferentes estratos, la intensidad glosatoria, la repartición de los romanismos, etc., son certeras; las conclusiones, en cambio, no siempre convencen, como la sospecha de que en algún caso (glosas de Macabeos) el glosador no hubiera apuntado las palabras difíciles de entender, sino más bien aquellas para las que disponía de explicación en el libro de consulta (p. 238). Esta explicación, que pondría en duda la sinceridad del glosador y la funcionalidad de su labor, no deja de ser problemática, y es muy inverosímil, sobre todo para la primera parte del glosario.

6. En lo que concierne a la afinidad entre las dos partes del glosario (cap. V) el autor se inclina a ver, más que una dependencia directa entre ellas, un parentesco de segundo grado, debido a la utilización de la misma fuente (p. 296).

7. Resumiendo nuestra impresión sobre *Die Reichenauer Glossen* de Ravnach podemos decir que tal estudio es un aporte positivo a la justa valoración de ese monumento, importante, sin duda, para la filología románica, francesa ante todo, y de interés no trascurable también para los germanistas. El autor examina de manera crítica y exhaustiva varios tópicos de la investigación de las Glosas de Reichenau, combinando el empleo de medios modernos con los métodos tradicio-

nales de la filología, y consiguiendo cimentar conclusiones anteriores o llegando a conocimientos nuevos. Es un estudio bien documentado, llevado a cabo con meticulosidad, y donde apenas si se descubre algún desliz, tipográfico ante todo, como *Origines* por *Origenes* (p. 79 y 311), *Gebie* por *Gebiet* (p. 127, l. 18), *llamada* por *llamado* (p. 304, l. 7), *Diego, Eduardo García de* por *García de Diego, Eduardo* en la misma página, *haste* por *hasta* (p. 311, s. Menéndez Pidal), y omisión, por último, en la bibliografía, de la obra *Latin Gospel Books*, de P. Mc. Gurk, a que se hace referencia en la nota a la página 67.

Convendría cerciorarse de que en la página 26 haya que leer *hanc nos septimariam uocamus quia septem lucas*, y no, según exige el sentido y la fuente (Isidoro, *Etym.* V, 32) *quasi*; pero tal vez sea éste un desliz del editor, a quien atañería igualmente verificar la exactitud de 1691 a *Viscera: intralia, et dicta eo quod ibi uita continetur* (p. 100), para cerciorarse de si no está *intralia* por el sinónimo mejor documentado *uitalia*, que es el que figura en la fuente (Isidoro, *Etym.* XI, I, 117), como no ignora el editor; en vista de la *subiectio rationis: quod ibi uita continetur* parece seguro que en el original del glosario ha debido figurar *uitalia*, y que más tarde, el filólogo medieval o el moderno ha cambiado esa forma en la otra, que tan perfectamente encaja con el francés *entrailles* frente a *entraynes, entrañas* (REW 4487) de otras lenguas románicas.

J. OROZ ARIZCUREN

## II LINGÜÍSTICA

MORALEJO ALVAREZ, J. J.—*Gramática de las inscripciones delficas Fonética y Morfología* (siglos VI-III a. C.). Monografías de la Universidad de Santiago de Compostela, 21. Santiago de Compostela, 1973. 329 pp.

Pese a que la dialectología griega es uno de los campos que más significativos progresos ha conocido en los últimos tiempos, hay una dificultad de base que no ha recibido toda la atención que merece: el material de los manuales al uso es parcial (atención a los rasgos anómalos, omisión de los supuestamente normales) y, sobre todo, muy anticuado, lo cual nada tiene de extraño si tenemos en cuenta que las gramáticas más serias —la de E. Kieckers para los dialectos occidentales, la de A. Scherer para los restantes— remontan respectivamente a 1932 y 1959. Así, en el caso concreto del delfico, la descripción de Kieckers —superior a las de F. Bechtel (1923) o E. Rüsck (1914, sólo fonética) y, por supuesto, a las de J. Valaori (1900) o F. Hartmann (1874)— se basaba en un *corpus* muy superado por el nuevo y abundante material publicado hasta la fecha.

El trabajo de Moralejo tiene el doble mérito de haber tratado la totalidad del *corpus* delfico y de presentar los datos clasificados por tipos de inscripción y ordenados cronológicamente; ello le permite estudiar con todo rigor la evolución del dialecto y su progresiva absorción por la *koiné*, pasando por el estadio intermedio de la *koiné* del NW. Tras una clasificación previa (pp. 19-20) de las ins-

cripciones por géneros (arcaicas; leyes, decretos y convenciones; cuentas del siglo IV, etc.), el autor describe el dialecto en sus rasgos fonéticos (pp. 27 ss.), morfológicos (pp. 109 ss.) y léxicos (pp. 214 ss.), con lista exhaustiva de datos al comienzo de cada epígrafe y, en ciertos casos, cuadros estadísticos. El estudio detallado permite a M. concluir (pp. 269 ss.) que el texto de cada inscripción está determinado *a)* por su contenido, *b)* por el autor o destinatario y *c)* por las vacilaciones a que da lugar la tensión entre el «Amtstil» conservador y la lengua hablada. En todo caso, y pese a la imposibilidad de llegar a formulaciones definitivas, se observa que mientras ciertos tipos de inscripción (arcaicas, leyes, decretos y convenciones de los siglos IV-III, algunas cuentas del siglo IV) mantienen el dialecto y en otros domina la *koiné* (cuentas del tesoro de los focidios, etc.), las fluctuaciones son frecuentes en los textos anfictionicos y en los decretos honoríficos (siglos IV-III); asimismo, se notan reacciones dialectalizantes en textos anfictionicos (3/3 siglo III) y cuentas del tesoro de la primera mitad del siglo III. El libro se cierra (pp. 271 ss.) con una clasificación de los rasgos estudiados, un intento de caracterización de la *koiné* del NW y una serie de observaciones a los manuales al uso.

El trabajo de M. es de una ejemplar solidez, no ya por el rigor con que es seguida la tensión dialecto: *koiné* a lo largo de los cuatro siglos que abarca el estudio, sino por la impropia tarea de recopilación del material y su ordenación con el doble criterio —genérico y cronológico— propuesto. Pero sobre todo es de destacar la exhaustiva descripción del délfico, la enorme cantidad de datos de primera mano que, sin más disquisiciones que las relativas a tal o cual forma más o menos compleja, se ofrecen al dialectólogo, y la objetividad con que el autor, muy familiarizado por lo demás con los textos délficos —cf. entre otros, los epígrafes dedicados a la aspiración (pp. 22 ss.), la  $\bar{\alpha}$ )η (pp. 33 ss.) o la asibilación (pp. 58 ss.)—, rehúye por lo general entrar en la génesis de dialectalismos que constituyen problemas en sí mismos. En este sentido la gramática que nos ocupa constituye un hito, por cuanto permite un conocimiento global del dialecto y destierra tópicos más o menos aceptados pero nunca refutados en detalle. Tal es el caso de los dativos en -οις de temas consonánticos (p. 147), atribuidos tradicionalmente al influjo etolio y aún considerados extraños al délfico por A. Bartoněk, *Classification of the West Greek Dialects at the time about 350 B. C.*, Praga, 1972, pp. 132 y 153: con la forma  $\alpha\gamma\omega\upsilon\omicron\iota\varsigma$  FD 1.146 (año 356/5) demuestra M. que tales dativos eran estrictamente dialectales tres cuartos de siglo antes del comienzo de la dominación etolia. Es éste un ejemplo claro de los inconvenientes que presenta el abordar obras de conjunto basadas en material incompleto y defectuosamente interpretado.

Hay, con todo, en el libro que nos ocupa ciertos puntos que invitan a discusión. Así, en el caso de los dativos en -εοσι que M., escéptico no sólo ante la teoría del falso corte  $\gamma\acute{\epsilon}\nu\text{-}\epsilon\omicron\sigma\iota$  sino incluso ante la proporción  $\lambda\acute{\upsilon}\kappa\omicron\iota : \lambda\acute{\upsilon}\kappa\omicron\iota\sigma\iota : : \acute{\alpha}\nu\delta\rho\epsilon\varsigma : \acute{\alpha}\nu\delta\rho\epsilon\sigma\iota$  de Wackernagel, considera como «analógicos única y directamente del dat.  $\gamma\acute{\epsilon}\nu\epsilon\sigma\iota$  y/o refecciones sobre el nom. pl.» (p. 147). Al respecto cabe observar: *a)* el que en focidio faltan en época histórica los dativos en -οισι no anula la proporción de Wackernagel; parece lo más verosímil que a fines del II milenio coexistieran en todos los dialectos el instrumental en -οις (mic. -ο) y el locativo en -οιη (mic. -ο-ι), con posterior reposición de la -s- y sólo cuando el sincretismo de casos hizo innecesaria la existencia de dos desinencias eligió cada dialecto una de ellas; *b)* incluso aunque no admitiéramos dos desinencias a fines del

II milenio, foc. -οις (y -αις analógico) pudo proceder de -οισι por elisión; c) el dativo en -εσσι, surgido según la proporción de Wackernagel, constituye una isoglosa postmicénica común a los dialectos eolios y a algunos occidentales, como hemos pretendido hacer ver en un estudio recientemente publicado; debe en todo caso descartarse como hecho de sustrato eolio, en lo cual coincidimos con M. Respecto al detalle de la argumentación de M. cabe hacer constar: a) no es preciso suponer que formas como Μεγαρεσσι, ἀτελεισσι sean «analógicas de παντεςσι»: los tres tipos tienen el mismo origen; b) las terminaciones en -εσσι, -εσσι que M. (p. 145) pone en pie de igualdad con las auténticas desinencias -σι(ν), -εσσι, -οις no son otra cosa que el resultado de aplicar la desinencia -σι a los temas en  $\bar{e}\omega$  (concretamente al nom. sg. en el tipo -εσσι), fuera de los cuales no se documenta.

Algunos de los rasgos que M. incluye como dialectalismos pueden ser entendidos como tales sólo por oposición a koinismos. Así, la abertura de *er, el*, representada a veces como *ap, al* (tipos φαρεν, Δαλφοις cf. pp. 57 ss.) entra en un proceso de fonética general (= abertura de vocales en contacto con *l, r*) no exclusivo del griego del NW como demuestran los tratamientos *ri)re* de los dialectos eolios (tes. κρηννεν, lesb. κερναντα) o el proceso mismo de la «Rückverwandlung» en ático.

En cuanto a algunos de los elementos dialectales extraños del délfico, determinados rasgos considerados como aticismos, bien que con ciertas reservas por M. (p. 275), como los genitivos del tipo Νικίου o Σωκράτου, el sufijo -της, las formas δυσίν o γίγνεται (como el propio M. reconoce en p. 76), podrían más bien atribuirse a la *koiné* que al ático.

Caben también algunas observaciones de detalle:

p. 30: «άλια parece regular mientras at. ήλιαία debe su aspiración a etimología popular (ήλιος!)». Tal asociación es válida en cuanto al timbre *e* (inesperable fonéticamente, pues la *ā* procede de contracción *a + a*, probablemente a partir de *ἀ-φαλ-*), pero no en cuanto a la aspiración, que parece regular a partir de *ση-*. Así, delf. άλια (no ηαλία) puede entenderse como simple cuestión de grafía.

p. 31: καταπερ puede proceder simplemente de un κατ ταπερ, con empleo de \**so, sã, tod* como relativo, arcaísmo que encontramos en tes. occ. καταπερ, καταπερ y arg. κατο (κατ το <κατα το), etc. El recurso de M. a un lapicida jonio (de dialecto psilótico) o a una forma de *koiné* no es la única solución posible.

p. 69: las fluctuaciones del tipo βρυτανεύω/πρυτανεύω, Ἀμβρακιῶτας/Ἀμπρακιῶτας, que M. expone escépticamente, parecen apuntar con cierta seguridad a un origen no griego de los términos en cuestión. Por lo demás, las formas πατεῖν βατεῖν, que invoca Plutarco como ejemplo de la neutralización en délfico de *p/b*, tienen origen distinto: βατεῖν (cf. jon. βατηρή Hierodas 8.60) está en relación con \**bn-* (cf. βαίνειν), πατεῖν en cambio con \**put-* (gr. πόντος, lat. *pons*, sanscr. *panhāh*, a. prus. *pintis*). No tiene, por tanto, relevancia alguna.

p. 77: M. presenta grafías dobles del tipo ἀσφαλειαν, Ἀριστολαου como pruebas de la tendencia a la creación de sílabas cerradas. En nuestra opinión tales grafías —que, por lo demás, se atestiguan también en otros dialectos— deberían entenderse más bien como un intento gráfico de marcar la frontera silábica. En cualquier caso, no parece muy verosímil hablar de tendencias a crear sílabas cerradas en délfico, máxime si tenemos en cuenta que el estadio de lengua del I milenio se caracteriza por una tendencia a la creación de sílabas no trabadas y, más adelante, por una progresiva relajación de la oclusión.

pp. 106-107: Los cinco pretendidos genitivos en -ας de temas en -a masculinos en délfico son descartados por M. con buenas razones: en efecto, el genitivo esperable en listas y enumeraciones es sustituido muchas veces por el nominativo («Ruhelage»). Pero, en cualquier caso, el genitivo en -ας no es tan radicalmente descartable en otros dialectos como pretendió O. Masson, «Connait-on beaucoup d'exemples assurés de genitifs masculins en -ας?», *Glotta* 43, 1965, pp. 227-234. Concretamente, tes. or. Νικίας Ηρακλειδαίοι IG IX 2, 1228, 101; en medio de una lista de genitivos: como hizo ver ya O. Hoffmann *Philologus* 62, 1903, p. 155, si Νικίας fuera nominativo esperaríamos que el patronímico fuera en el mismo caso, y poco prueban contra tal objeción los argumentos de Masson *ibidem* p. 228 y n. 3.

p. 151: Para M. en los adjetivos de materia délficos «tendremos en σιδάρεος la grafía correcta, en σιδάριος la fonética». La explicación, aunque no inverosímil, presenta la dificultad de que el tratamiento normal délfico de εο es ευ, nunca ιο. Ambas formas pueden remontar ya al II milenio (mic. *wi-ri-ne-jo*, *wi-ri-ne-o* / *wi-ri-ni-jo*) y también en el griego occidental, por lo que no es preciso postular un cambio fonético εο > ιο ni mucho menos —y en ello convenimos con M.— invocar al sustrato eolio.

En cualquier caso, los puntos en los que no sabríamos admitir los criterios de M. son ampliamente superados por aquellos en los que coincidimos, razón por la que nos hemos ocupado más de aquéllos que de éstos. El valor objetivo del estudio de M., al que contribuyen unos completos índices y una cuidada presentación (sólo p. 58, línea 1 φαρεν por φαρεν, p. 323, § 44.4 γωνιηφιυ por γωνιηφιαυ; p. 221, l. 31 «arnomalías»; p. 222, l. 17 «csa»); p. 230 l. 10 «evidentemente») está por encima de críticas de detalle. Nos encontramos, pues, ante una aportación definitiva para el conocimiento del délfico y un modelo a seguir para el de los demás dialectos: es evidente que estudios de conjunto sobre la génesis y desarrollo diferencial de los dialectos griegos no tendrán razón de ser mientras no existan para cada dialecto gramáticas como la de M. para el délfico.

J. L. GARCÍA RAMÓN

VENTRIS, M., y CHADWICK, J.—*Documents in Mycenaean Greek*. Second edition by J. Chadwick. Cambridge, C. U. P., 1973. XXXV + 622 pp. 1 lámina. £ 12,50.

Desde 1956, año en que se publicó la primera edición del libro que comentamos, la Micenología ha recorrido un largo camino y, por decirlo con la feliz expresión de Miss L. Baumbach (*Acta Classica* 16, 1973, pp. 1-14), ha alcanzado su mayoría de edad. Era, pues, conveniente actualizar la obra considerada clásica de esta parcela científica. Una comparación entre aquella edición y ésta basta para ver cuán madura resultó la primera realización. El conocimiento ha variado desde entonces, pero casi siempre en apreciaciones de detalle: la mayor parte de la obra original en 1956 permanece válida en 1975. Es posible que el panorama cambie en los próximos años; las nuevas ediciones de los documentos de Cuoso y Pilo, las nuevas tablillas exhumadas en Tebas en 1970, recientemente publicadas —Suplemento a *Minos* n.º 4, Salamanca, 1975— (han sido recogidas ya en el glosario de esta segunda edición), harán cambiar sin duda algunos de los su-

puestos sobre la sociedad micénica, que vienen manteniéndose en pie desde los primeros momentos del desciframiento.

Como tributo a la memoria de M. Ventris, JC ha preferido no variar el plan de la obra, conservando sin tocar, incluso la paginación, las dos primeras partes del libro. En ambas JC ha introducido las llamadas pertinentes, que remiten al lector a la tercera parte, donde se recoge una serie de anotaciones, que actualizan el texto de las dos primeras partes y, sobre todo, exponen la visión personal de JC sobre los distintos problemas planteados por las tablillas. La decisión de respetar la obra original, poniéndola al día, resta manejabilidad al libro. Hay que señalar, en defensa de la postura de JC, que de no haberlo hecho así, habría escrito otro libro, en gran medida distinto. En síntesis se trata del clásico *Documents* con los márgenes anotados con las precisiones personales de uno de sus autores. Este personalismo tiene como secuela el encontrarnos ante una puesta al día donde sólo tienen cabida las interpretaciones o soluciones que desde el punto de vista del autor se acercan más a la verdad, amén de la propia posición de JC. Este talante es igualmente comprensible: la bibliografía micénica ha alcanzado en el curso de pocos años una entidad tal que, de pasar revista crítica a todas las soluciones propuestas para un mismo problema, JC hubiera necesitado cuadruplicar el número de páginas de este, de por sí grueso, volumen.

A nuestro juicio, es el *Glosario* (pp. 527-594), en el que se recogen todas las formas micénicas completas atestiguadas hasta 1972, la más notable contribución de JC a esta segunda edición. En sus escuetas entradas se concentra la quintesencia de la investigación micenológica hasta la fecha indicada, junto con las sugerencias de JC en los puntos controvertidos de la misma.

Por nuestra parte, pasar revista a la nueva contribución de JC en la parte tercera nos llevaría más espacio que el disponible y, además, su obligado carácter de notas sueltas impide su exposición ordenada. Pese a estos inconvenientes, queremos agavillar aquí algunas de éstas. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de *Documents*<sup>2</sup>.

La digresión acerca del signo *pte* (p. 386), el único que no encaja en el esquema CRV, debe ser llevada hasta sus últimas consecuencias: puede tratarse de un grafema conservador, que indicaría que en el momento de adopción del silabario y formación de los dobles CRV (1500 a. C.) el grupo \**py*- no había sufrido tratamiento aún en griego. A nuestro juicio, la relación entre las formas *pe-te-re-wa* y *pte-re-wa* es la misma que entre *a-ke-ti-ri-ja* y *a-ke-ti-ra*<sub>2</sub>. Si esto es así, el doblete *ra*<sub>2</sub> tendría una cronología posterior, por cuanto es una utilización pila de un ideograma del Lineal B (CROC).

El ideograma que transcribimos por FAR es con seguridad un tipo de cereal (p. 392), por cuanto en PY Un 2.4 aparece seguido de unidades de áridos, lo que no invalida la interpretación como harina, que, probablemente, exigiría la presencia de unidades de áridos. Por exclusión podría pensarse que se trata de mijo.

Encontramos que, en la tabla de valores de los silabogramas micénicos, entre los valores dudosos (p. 385) aparece \*79 como *zu*?. En el encabezamiento se indica la imposibilidad de confirmar dicho valor por falta de ejemplos suficientes. Por nuestra parte intentaremos en un próximo trabajo sustentar la identificación de Lejeune como *wo*<sub>2</sub>, cuyo valor fonético sería *[wjo]*.

Sobre el *status* del *qa-si-re-u* (p. 409) las nuevas tablillas de Tebas parecen indicar que se trata de un tipo de «jefe de taller o de producción».

Es un hecho curioso la presencia de la *a-ta-na-po-ti-ni-ja* en las tablillas de Cnoso (p. 410). A nuestro modo de ver esta mención sólo tiene sentido contando con la presencia de un elemento de población ateniense en Cnoso ca. 1400-1250 a. C., lo que concuerda con el testimonio de la tradición de Teseo. El adjetivo *po-ti-ni-ja-we-jo* adscribe los distintos elementos calificados al dominio de la Potnia. Hay que pensar que en época micénica la organización de la producción presentaba un esquema en gran medida oriental, en el que los templos detentaban también el control sobre distintos talleres. Los *ka-ke-we po-ti-ni-ja-we-jo* hay que imaginarlos como operarios que cumplían con su oficio dentro del recinto de la Potnia. El panorama que se obtiene así coincide con los datos arqueológicos del II milenio, por citar el caso de los hornos metalúrgicos de Kition, Chipre, dentro del recinto del templo. A nuestro modo de ver las ofrendas de lana recogidas en las nuevas tablillas de Tebas (p. 411) encajan dentro de este contexto.

El problema de los «collectors» (p. 413) puede recibir alguna luz de las precisiones que acabamos de exponer. En las tablillas de Cnoso la posición del «collector» es ocupada en ocasiones por la mención *po-ti-ni-ja-we-jo*. Suponiendo que las menciones que ocupan un mismo espacio en un mismo tipo de documentos tienen valores paralelos, resulta que la mención del «collector» situaría la tablilla en un área de producción determinada. No es completamente seguro que ésta tuviera un carácter religioso, pero hemos de señalar a este respecto que *ko-ma-we-te-jo* aparece también en las nuevas tablillas de Tebas y bien pudiera tratarse de una mención religiosa (cf. el epíteto ἀκερσεκόμης).

Para una identificación del oscuro ideograma \*177 (p. 423), véase EMERITA 42, 1974, p. 332 ss. Una explicación de la baja producción de lana (pp. 203 s.), esto es una unidad (= ca. 3 Kg.) por cuatro ovejas, puede hallarse en el hecho de que en la Edad del Bronce no se esquilaban las ovejas, sino que se les arrancaba el vellón. Para la identificación del *ku-pa-ro*, cf. el artículo citado de EMERITA.

Un tratamiento más pormenorizado de las tablillas Mc de Cnoso (p. 474) puede verse en *Minos* 13, 1972, pp. 29-54, y 259-260, y en el artículo allí citado de Miss L. Baumbach. Sobre las tablillas Fp de este centro, cf. EMERITA 42, 1974, pp. 77-102, con las precisiones allí expuestas.

La mención *PO* de las tablillas Fr de Pilo (p. 477) tal vez tenga que ponerse en relación, como sugirió L. R. Palmer (*Interpretation*, p. 245), con *po-ni-ki-jo*. Para una identificación de este término, cf. *Minos* 14, 1973, pp. 60-67.

El testimonio de una forma *pu<sub>2</sub>-ke-qi-ri-ne-ja* en las nuevas tablillas de Tebas podría inclinarnos a considerar *pu<sub>2</sub>-ke-qi-ri* en Pilo (p. 497) como título o nombre de oficio.

No es tan difícil imaginar una distinción formal entre la cabeza de una sirena y la de una mujer (p. 501), suponiendo que aquella tuviera un tipo especial de tocado. Indiquemos, por ejemplo, que las esfinges micénicas de cabeza femenina presentan un tocado exclusivo de las mismas. La interpretación de Mühlestein de *se-re-mo-ka-ra-o-re* debe ser objetada, pues, desde otra perspectiva.

Con estas notas sólo hemos querido dar idea del fruto que puede obtenerse de la lectura del libro comentado. La segunda edición de *Documents* es un muy digno sucesor del libro anterior y una memoria viva del fallecido M. Ventris, a quien la Micenología debe su ser.

J. L. MELÉNA

CONTINO, SALVATORE.—*Lingua e stile in Valerio Flacco*. Bologna, Pàtron Editore, 1973. 145 pp.

Nos encontramos ante un estudio lleno de observaciones interesantes sobre la lengua y el estilo de Valerio Flaco. El autor se ha propuesto ofrecer una visión, bien fundada en los hechos, de la lengua valeriana, con particular insistencia en los recursos expresivos. De su trabajo se desprende que Valerio no es, sin más, un erudito epigono virgiliano, y que en sus innovaciones —sobre todo estilísticas— manifiesta un gusto indudablemente refinado.

El primer capítulo («Lessico, morfologia e sintassi», pp. 17-44) estudia la morfosintaxis de cada parte de la oración. Anotamos algunas observaciones de lectura: p. 17: La afirmación de que Virgilio es considerado *con razón* modelo principal de Valerio Flaco me parece un poco excesiva. Sin ignorar los *loci uergiliani*, tantas veces recogidos, haría falta conservar la obra de Varrón de Atax para pronunciarse sobre este punto. El hecho de que muchos pasajes de Apolonio de Rodas, que tratan de los mismos temas abordados por Valerio, parezcan reelaborados nebulosamente podría deberse a que Valerio no trabaja sobre el original griego, sino sobre la obra de Varrón. Esto explicaría, al menos en parte, el hecho de que sea muy difícil encontrar en el poeta latino pasajes que confirmen lecturas distintivas del texto de Apolonio, campo en el que he trabajado sin obtener aún resultados satisfactorios.—p. 21, n. 19: Sugestiva interpretación estilística de la oscilación entre presente histórico y perfecto histórico, superando el estrecho criterio métrico para encontrar en ella un indiscutible valor expresivo.—p. 25 ss.: La selección de notas sobre particularidades de algunos verbos contiene exégesis sugestivas, aunque en ocasiones no sobrepasa un nivel elementalmente lexicográfico.—p. 41: La autoridad del *Vat.* 3277 no me parece suficiente para retener *Tanain*, cuya *-n* es de fácil explicación en el proceso gráfico y cuya aceptación contradice la normal construcción de *temus* en *Arg.* III 141 y VII 434. En esta misma página, línea 13, léase *aestusque*.

El capítulo II («Sintassi e stile», pp. 45-59) estudia las hipotéticas del tipo «mixto» o «elíptico», las interrogativas indirectas con indicativo y con *uariatio*, y la inobservancia de la relatividad temporal. Para el estudio de algunos de estos fenómenos sintácticos el autor explora las divergencias entre el uso valeriano y las normas de la *consecutio temporum*. Es tentador adoptar una óptica en la que el *idolum scholae* (p. 52) resulta iconoclasticamente tratado, pero partir de puntos de vista no immanentes al idiolecto valeriano resulta, cuanto menos, ineficaz para presentarnos «la dinamica dei fenomeni» (p. 15). En esta parte de la obra, la visión normativa predomina sobre el estricto estudio fenomenológico (cf., por ej.: «Inosservanze della relatività temporale», p. 52; «esempio di irregolarità», p. 58, por lo demás basado en un dudoso problema de puntuación). Este *a priori* metodológico condiciona, evidentemente, la conclusión general de que el estilo de Valerio Flaco revela una «notevole duttilità» (p. 59).

El capítulo III («Retorica e stile», pp. 61-100) se mueve en un terreno en el que conviene, en nuestra opinión, buscar criterios objetivos de valoración. Un estudio estrictamente fenomenológico debiera presentar datos más precisos, estadísticas significativas (expresiones como «assai frequenti», p. 62, dicen poco al lector; v., sin embargo, un dato preciso en p. 86: el 7,78 por 100 de los versos presentan aliteración), y ofrecer los ejemplos más depuradamente (la lista de sinónimos en p. 63 ss. es de un excesivo subjetivismo, sin atención a los va-

lores contextuales). Pese a estas limitaciones, la sensibilidad del autor para los valores estilísticos es muy notable (v. la excelente selección de símiles en pp. 94-96). Valioso resulta también el elenco de versos leoninos (pp. 98-100), rasgo verdaderamente curioso de la versificación de Valerio.

Amplios índices de pasajes y autores citados cierran este sugestivo estudio.

F. PIÑERO

### III. LITERATURA, HISTORIA, FILOSOFÍA

GUAZZONI FOÀ, V.—*La libertà nel mondo greco*. Pubblicazione dell'Istituto di Filologia Classica dell'Università di Genova, 1972. 138 pp.

En la Introducción la autora justifica el estudio de la libertad en el mundo griego por el hecho de que en nuestro tiempo el tema de la libertad está constantemente en debate. Se habla de la libertad sin tener una idea clara de ella, o confrontándola con el arbitrio, o considerándola sólo al nivel de eliminación de obstáculos externos y no como una iniciativa personal.

El problema se complica puesto que en la cosmovisión griega dominada por la ἀνάγκη, la εἰμαρμένη y la τύχη, por el *fatum* en suma, no parece que haya lugar para la libertad.

Para Hegel, por ejemplo, el descubrimiento del concepto de libertad se debe al Cristianismo única y exclusivamente. En contraposición con él y sus seguidores está la opinión de Pohlenz, quien manifiesta que por primera vez, y sobre suelo griego, nació la idea de que el hombre existe para la libertad y que los griegos alcanzaron una gran altura en su pensamiento sobre este punto.

Así, la autora se decide ante lo incierto de la crítica a examinar el problema de la libertad en el mundo griego estudiando directamente los textos que tratan de ella a través de los tiempos. Este tomo primero abarca el tema hasta Sócrates exclusive.

En un capítulo preliminar aborda el problema del valor semántico de la palabra ἐλευθερία. Atendiendo a su formación es evidente que se trata de una exigencia de libertad social y política que siente el pueblo, el λαός. Citando a Jaeger, está de acuerdo con él en que el vocablo griego ἐλεύθερος manifieste en primer lugar la antítesis con la esclavitud. Otro punto tratado son las relaciones entre ἀλήθεια y ἐλευθερία, verdad y libertad, dos términos que se complementan, y entre libertad y progreso.

En cuanto al tema del libro propiamente, la parte primera está dedicada a «La libertad en el pensamiento griego y presofístico», con dos puntos a tratar: la libertad divina y la libertad humana.

Comienza estudiando el pensamiento de Jenófanes de Colofón (siglo VI a. J.), en el que se encuentra la primera definición en el pensamiento griego de la omnipotencia de Dios. Afirma, como después lo hará Aristóteles, la distancia infinita entre Dios y los hombres que llega a la culminación con el pensamiento cristiano con la concepción de Dios creador y del hombre partícipe del Ser. Una gran intuición de Jenófanes es que su Dios tiene una libertad no creada. Su pensamiento

no evidencia la heterogeneidad entre libertad no creada, divina, y libertad creada del hombre-pensamiento que aparecerá de modo explícito en San Gregorio de Nisa. La divinidad en su omnipotencia no ha revelado a los hombres todo lo que hubiera podido: pero los hombres pueden encontrar lo que es mejor, de ahí que la omnipotencia y la libertad de Dios no obstaculizan la libre actividad del hombre, ni vuelven esclavos a los hombres. El perfeccionamiento humano está en relación con la estructura ontológica del hombre y por eso éste puede conocer lo mejor, pero no lo óptimo.

El problema de las relaciones entre libertad divina y libertad humana es tocado también por Demócrito. Para éste, los dioses dan todos los bienes a los hombres, quienes, empero, no saben disfrutar de ellos, lo que pone de manifiesto la concepción pesimista de la Humanidad contrapuesta a la optimista de Jenófanes. En ambos está implicada la libertad de elección entre el bien y el mal.

El segundo punto, la libertad humana, está tratado con más amplitud. La primera vez que aparece *ἐλευθερία* o *ἐλεύθερος*, reviste un significado político-social, aunque también es cierto que en la terminología jurídica está ya implícito el significado ético.

En los pitagóricos el problema se orienta hacia el destino futuro del hombre. Implica la posibilidad para el hombre de actuar bien o mal, práctica bastante eficaz para la formación de la conciencia moral.

Heráclito de Efeso vuelve a tomar el tema de la libertad política desarrollando y profundizando el de la libertad de validez moral, iniciado por los pitagóricos. Acerca de la afirmación socio-política de su fragmento 53, resulta evidente la contraposición de *ἐλεύθερος* y *δοῦλος*: es la guerra la que produce esta distinción, puesto que los vencedores son *ἐλεύθεροι* y los vencidos *δοῦλοι*. Libres y esclavos en la concepción heraclítica pueden convivir sin excluirse en la construcción social y civil. A ésta corresponden el orden cósmico en el cual dioses y hombres forman una gran familia, concepto tomado por el Estoicismo. Un mérito de Heráclito es la tentativa de superar teóricamente la antítesis social-jurídica entre libres y esclavos.

Para Parménides, según la autora, la libertad consiste en la libertad de pensamiento, que no significa libertad de error. Parménides no quiere decir que el hombre sea libre de errar, sino que es posible que él erre. Es la libertad de asumir una actitud subjetiva en el pensamiento, pero la ley de la verdad debe ser respetada. Además, el hecho de que él sea el primero en afirmar el principio de contradicción, salva y protege la libertad de pensamiento. Otro problema importante es el de la libertad de palabra. Con él Parménides pretende enseñar a los hombres de todos los tiempos que, cuando hablan, deben darse cuenta de la responsabilidad que asumen. No hay que entender sólo bajo libertad de palabra la posibilidad de usarla en un sentido u otro, sino también la posibilidad de no usarla. Éste es su sentido más profundo (recuérdese para ello el ejemplo de su discípulo Zenón de Elea ante los tribunales que lo condenaron).

Demócrito es también partidario de la franqueza de palabra, que es espejo del amor a la verdad, indicio de libertad. Se muestra muy coherente en cuanto que sólo en la democracia que él había defendido frente a la tiranía, mantiene que sea posible la libertad de lenguaje.

En los filósofos que escribieron o vivieron en la edad precedente a la Sofística no se encuentra atestiguada, según la autora, la primera forma de libertad griega que es la que se encuentra en el ámbito de la vida privada. La libertad tal y como

aparece por primera vez en la filosofía es una libertad social y política: a continuación se desarrolla el concepto de libertad moral.

La segunda parte del libro, «La libertad en el tiempo de la Sofística», tiene los mismos puntos que la anterior, pero aquí el tratamiento de la libertad divina es especialmente corto debido al carácter agnóstico de la Sofística frente al problema de la teología y a su antiprovidencialismo.

En cuanto a la libertad humana, proclama el hecho de que todos los hombres somos por naturaleza absolutamente iguales. Su punto más débil es el tema de la justicia en relación con el problema de la libertad. La unión o conexión entre libertad y progreso, apuntada sólo en Protágoras y Gorgias, está explícita en Pródico de Ceos, que tiene fe en las posibilidades humanas, de tal manera que se puede hablar, en opinión de Guazzoni, de una doctrina radicalmente humanística: es el hombre quien debe crearse su civilización, él es el artífice del progreso.

Un concepto positivo que aparece en la Sofística es la afirmación de Pródico de que la educación hace al hombre consciente de su libertad. En el pensamiento sofístico de la libertad se puede decir que falta una coherencia. Sin embargo, contiene en germen nuevas orientaciones, cuya expresión elocuente es la filosofía de Sócrates.

Al tratar de la libertad en la Poesía, comienza la autora con los poemas homéricos, constatando la rara aparición en ellos de la palabra *ἐλευθερία*. Homero, con su sensibilidad profundísima, intenta hacer la esclavitud más soportable, presentando al esclavo como fiel acompañante de su dueño. Pero aunque los esclavos no son tales en cuanto al sentimiento, lo son por lo que respecta al aspecto exterior.

El carácter subjetivo de la poesía de Arquíloco es un signo de la evolución de los tiempos: el individuo comienza a tener conciencia de sí mismo y a destacarse del fondo común de los hombres. Con Píndaro, la libertad política adquiere un relieve preponderante; en él, el concepto de *ἐλευθερία* se extiende a toda Grecia, mientras que en Eurípides está constreñida a Atenas. La libertad política es concebida por Píndaro como concedida a los hombres por los dioses: está cargada, como en Solón, de un significado religioso.

Señala la autora que entre los trágicos Esquilo aparece como el más apegado al pensamiento tradicional: la libertad no debe sobrepasar los límites prescritos por la divinidad. Si la libertad política, libertad colectiva, pone a los hombres frente a graves responsabilidades, la libertad individual no es menos, y plantea arduos problemas en el campo moral, los cuales se encuentran expresados en tantas tragedias de Esquilo, pero sobre todo el *Prometeo encadenado*.

Sófocles, como Esquilo, pone en guardia a los hombres sobre el abuso de la libertad. En él se encuentra el núcleo fundamental de la libertad interior expresada en *Antígona*.

Eurípides afina la indagación psicológica, descubriendo en el hombre fuerzas irracionales que subyugan la voluntad. En un subjetivismo tal, los valores pasan a ser problemáticos y en eso anida la grave crisis moral que es la de la Atenas de su tiempo.

La libertad en la Historiografía está apenas tratada. Menciona brevemente los puntos tocados por Péricles de Atenas, Hecateo de Mileto, concediendo una mayor atención a Heródoto, que como historiador tenía más viva la conciencia de la libertad.

El análisis es suficiente como para dar una idea general del problema en el mundo griego. La autora, que publica sólo la primera parte de su trabajo, no llega a ninguna conclusión específica. Por tanto, cualquier juicio deberá relegarse hasta que aparezca la totalidad de la obra. Podemos, sin embargo, adelantar que el tema nos parece susceptible de un tratamiento más profundo.

A. LOZANO VELLILA

NICOLAI, WALTER.—*Kleine und grosse Darstellungseinheiten in der Ilias*. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1973. 159 pp.

En este libro, presentado como *Habilitationsschrift* en la Universidad Johannes Gutenberg, de Maguncia, Walter Nicolai emprende un estudio formal de la *Iliada*. He aquí en líneas generales un resumen de su contenido.

En una breve introducción se habla de las unidades (*Absatz*, párrafo y *Kapitel*, capítulo), que servirán al autor de base en el análisis del poema homérico, y las diferencias con trabajos como los de Arend y Fenik: lo que Nicolai se propone es elaborar una tipología válida para todas las *Absätze* de la *Iliada*, independientemente de su contenido, y una misma clase de tipología para los *Kapitel*.

En el primer (I) apartado se intenta una definición de lo que se entiende por *Absatz* y se enumeran sus características a partir de un ejemplo práctico. En el libro segundo y en el catálogo de las naves encuentra 29 miembros, que llama *Absätze*, en los que se repite un mismo esquema estructural y en los que se observa una gran variedad en cuanto al número de versos se refiere, que comprende de 2 a 18 versos. Los resultados obtenidos se aplican a otros catálogos, al de los troyanos en B y al de la descripción del escudo en  $\Sigma$ , obteniendo una división en *Absätze* semejante.

El estudio de las llamadas *Konstellationseinheiten* es como un paréntesis al tema propuesto. El libro sexto sirve de ejemplo para descubrir lo que se entiende por estas unidades, presentes a lo largo de toda la *Iliada*. Frente a las que llama secundarias, que no tienen carácter propio y que se usan en las comparaciones o en las descripciones de acontecimientos contemporáneos o pasados, las *Konstellationseinheiten* primarias están formadas en un 80 por 100 de encuentros. Estos pueden ocurrir entre hombres o entre dioses, que actúan solos o en grupos, siendo el discurso la parte más importante. Después se refiere el autor alemán a las que llama acciones conjuntas, en las que no hay enfrentamientos ni discurso y son escasas, y a las combinaciones de encuentros y acciones conjuntas, a las confrontaciones de acciones divergentes y a la *Homophonie*.

En el apartado B de I, también sobre el libro sexto, se trata la relación entre las *Absätze* y las *Konstellationseinheiten* y sus diferencias. Las primeras exigen unidad de contenido y de forma, no así las segundas. Estas contienen los elementos siguientes: *Reden*, *Absätze*, *Rahmensätze* y *Zwischensätze*. Las *Konstellationseinheiten* con discurso coinciden con las *Absätze*, no las que carecen de él. A continuación se aplica todo esto a la *Iliada*.

En este poema hay, según W. Nicolai, unas 800 *Absätze* con una extensión de 4 a 12 versos. Responden a un tipo, a pesar de su diversidad, en el que se des-

ubre una relación con lo anterior o una apertura de lo nuevo, y su fin suele coincidir con la introducción al discurso.

En el apartado C, también de I, aborda el autor el estudio de la estructura de las *Konstellationseinheiten*, que son como trozos de acción, definidos por la unidad de personas. Existen unos sujetos principales que pueden cambiar, y unos predicados, unos sujetos secundarios y las digresiones. Las variaciones suelen ser frecuentes.

El *Kapitel*, como unidad básica de estudio, es el objeto de la segunda parte del libro. Se define el *Kapitel*, sus características y se nos dice que su unidad radica más en sus relaciones internas que en las externas. También sobre el libro sexto, se nos habla de sus fronteras y de su estructura.

A. En la aplicación de esta doctrina se llegan a descubrir 33 capítulos en la *Iliada* y se estudia su estructura. El momento culminante suele estar ocupado por un encuentro central, que señala el estadio más decisivo del capítulo, rodeado por acciones periféricas. B. En general se puede hablar de principio, medio y fin en el *Kapitel*. Las partes serían: 1) los *Preliminares* con proemio, descripción de la acción, motivación y prólogo. A veces pueden faltar estos preliminares, 2) las *Iniciativas*, 3) las *Acciones periféricas*, con preparación, término y relación con el elemento siguiente; 4) el *Centro*. Sobre esta parte nos ofrece Nicolai dos cuadros con la división de los Centros de los capítulos de la *Iliada*, 5) los *Enclaves*.

En C se estudia la unión entre los capítulos y en D la relación entre las unidades expuestas y la separación de libros.

En el apartado III, último del libro, se analiza la estructura total del poema homérico, preguntándose por el plan (*lóγος*) general del mismo, que luego se desarrollará en 33 capítulos. Hay, según Nicolai, una estructura básica (*Grundstruktur*), cuyo esquema es *a b a*, que correspondería a: Éxito de los aqueos, fracaso y, de nuevo, éxito de los aqueos. El fracaso de los aqueos y el consiguiente éxito de los troyanos constituye un ejemplo claro de retardación. Los conflictos, en número de cinco, serían los determinantes de cada una de esas tres partes. Tendríamos un primer conflicto entre Agamenón y Crises y un conflicto final entre Príamo y Aquiles, con los de Agamenón y Aquiles y Héctor y Aquiles, todos en relación encadenada, quedando fuera el segundo conflicto entre Menelao y Paris. Estos conflictos también tienen su programa y su estructura, que se nos muestra paralela en los seis puntos de que consta su esquema. A excepción del primero y del último, que se sitúan en los capítulos primero y último, los demás se extienden a lo largo de varios capítulos.

El trabajo de Walter Nicolai finaliza con un estudio de la división en capítulos, ofreciéndonos un cuadro, en el que se puede seguir fácilmente la aplicación de su análisis en la estructura de la *Iliada*.

La estructura de la *Iliada* ha sido objeto de tantos y valiosos trabajos que supone un gran riesgo cualquier nueva iniciativa en este terreno. No obstante, el libro de W. Nicolai, que descubre una paciente labor de observación y análisis, aporta, creemos, nuevas perspectivas en el acercamiento al poema homérico. El estudio de unidades menores como las *Absätze*, las *Rahmensätze* o las llamadas *Konstellationseinheiten*, pero, sobre todo, la división en *Kapitel* (33), más racional que la tradicional en 24 libros, nos descubre de la mano de un trabajo bien documentado y serio, al experto artesano de la *Iliada*. El plan (*lóγος*) general de esta

obra poética está claramente expuesto en su estructura básica a través de los cinco conflictos entre héroes destacados, a que se refiere el autor alemán.

En resumen, estamos ante un trabajo sobre la estructura formal de la *Iliada* recomendable y a tener en cuenta, que descubre nuevos aspectos del problema y nos sugiere nuevos caminos en el estudio de Homero, en el caso de que esas unidades menores pudieran ser detectadas y analizadas en otros géneros literarios: personalmente sí lo creemos, como la historia y la novela, tradicionalmente sentidas en viuculación estrecha con la épica.

JOSÉ G. LÓPEZ

COBET, JUSTUS.—*Herodots Exkurse und die Frage der Einheit seines Werkes* (*Historia*, Einzelschriften. Heft 17). Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1971. 207 pp.

Cobet se plantea, desde el mismo título de la obra, la cuestión de la unidad de Heródoto como problema. Buena parte de su libro está dedicado a la discusión de la bibliografía (pp. 4-44 y 188-198, anén de las 199-207, que constituyen una relación bibliográfica, por orden alfabético, bastante completa). El libro es un denodado esfuerzo por superar la querrela entre analistas y unitarios desde una perspectiva, la de la noción de *excursus*, cuya definición parece un paso fundamental a Cobet (la parte central de su libro, de la p. 45 a la 82 se empeña en lograrla).

Es curioso que un unitario, en fin de cuentas, como Cobet, se vea obligado a hablar largamente de los pedazos, de los distintos trozos (*Teile*) de la obra de Heródoto, y es realmente significativo del enfoque de la obra en cuestión el que se trate más extensamente a Heródoto «geógrafo» o «etnógrafo» que a Heródoto «historiador». Todo ello incide de modo coherente en la tónica reciente de los trabajos sobre las *Historias*. Lo que en última instancia es planteado es la oportunidad de usar el término «unidad» con referencia a Heródoto tal como este término es habitualmente usado en crítica literaria. El encono puesto por Cobet en declarar los distintos aspectos de la «mezcla» en que radica, a su juicio, el meollo del problema compositivo de las *Historias*, es suficientemente significativo al respecto. Mezcla, por un lado, de componentes temáticos, pero también de estilos o formas narrativas propias de los géneros literarios en que se inspira para contarlos: una vez más Heródoto es definido no por lo que es su obra (que nadie parece preguntárselo), sino por lo que dista de otros géneros (de la épica y de la *historie*, por un lado, y de la historia científica —curioso y no del todo convincente modo de referirse a Tucídides—, por otro). Así, generalizadamente, suele hacerse en todos los órdenes: tampoco es clásico, pero no puede decirse que sea arcaico, etc.

Que, en estas circunstancias, todo depende del modo como se enfoque a Heródoto (de la óptica, en fin, que se adopte) es la conclusión, en definitiva, a que aboca el planteamiento de Cobet, cuyo libro está bien trabajado y es apasionante en más de un punto.

C. MIRALLES

FEHLING, DETLEV.—*Die Quellenangaben bei Herodot. Studien zur Erzählkunst Herodots*, Nueva York y Berlín, Walter de Gruyter, 1971. XII + 198 pp.

La credibilidad de las distintas fuentes aducidas por Heródoto para basar en ellas las vicisitudes de su relato constituye una importante cuestión ya puesta sobre el tapete por estudiosos del siglo pasado y en especial por Panofsky (que es punto de referencia constante para Fehling) en su *Questionum de historiae Herodoteae fontibus pars prima*, Berlín 1885. Panofsky creía que Heródoto inventaba estas fuentes según las necesidades que se le iban presentando a lo largo de su obra, que es, en definitiva, lo que da en concluir Fehling, si bien su planteamiento resulta más rico en matizaciones y más fundamentado como consecuencia del relativo abandono en que la tesis de Panofsky había caído tras ser rebatida por Jacoby en su artículo sobre Heródoto en el *Pauly-Wissowa*.

Esta invención de fuentes es dato importante para enfrentarse al arte narrativo de Heródoto; porque Heródoto, atento a los principios de la logografía y en una tradición más cercana a la épica que a lo que luego será la histórica, no pretende fundamentar y explicar unos hechos, sino narrarlos. Este es el móvil último de su obra y lo que justifica, en definitiva, y da sentido a su invención (*Erfindung*).

Fehling se preocupa por dejar sentado que esto no implica en modo alguno que haya que considerar a Heródoto como un «falsificador», y ello es realmente obvio en la medida en que tal afirmación presupondría, desde su punto de vista, la aplicación a Heródoto de una categoría que sólo puede tener sentido en una época posterior. No era, desde luego, el objeto de su trabajo, circunscrito muy técnicamente a lo enunciado en el título y el subtítulo, dar razón de una serie de preguntas que pueden emanar de sus conclusiones. Pero sí, al menos, parece claro que, en función del papel de obra fundamentalmente narrativa atribuido a la de Heródoto, pero teniendo en cuenta su forzosa valoración como «historia», se impone una diferente apreciación crítica frente a la narración herodotea del pasado y la del presente, de lo griego y de lo no griego. Y que la conclusión no deja de incidir en la interpretación y hasta en la fijación de los llamados «excursos».

El trabajo de Fehling, sólidamente construido, con excelentes discusiones de los textos herodotcos que fundamentan su tesis de la invención de fuentes (cf., por ejemplo, pp. 33-38 sobre los escitas: IV 5-13), puede colocarse en una reciente línea de interpretación de la obra de Heródoto que pone el acento en su modo de ser literario, y menos en su valor como fuente histórica. Esta línea interpretativa me parece en general más acertada que la anterior y con grandes posibilidades de replantear el interés literario innegable de Heródoto, pero convendría que no comportara el olvido de lo que quizá se había exagerado pero no en todo caso inventado, su valor como fuente histórica. Es en este sentido que creo que, preservando la unidad del conjunto, habría que distinguir entre lo que es propiamente narración de hechos actuales y griegos y todo lo demás narrado por Heródoto.

C. MIRALLES

GARCÍA GUAL, CARLOS, y ACOSTA, EDUARDO.—*La génesis de una moral utilitaria. Epicuro, Ética*. Barcelona, Barral, 1974, 276 pp.

Esta presentación —asequible y pulcra— de la *Moral* de Epicuro alcanza, sin duda, el objetivo que los autores explican en la Introducción: la de ofrecer una exposición clara y un análisis adecuado de los textos e ideas morales más importantes del célebre y controvertido pensador ateniense. Insisto en la palabra *morales* porque tal es precisamente el ámbito a que los autores se limitan prescindiendo, por consiguiente, de otras partes importantes de la filosofía de Epicuro como son la Canónica y la Física (acaso de menor interés y actualidad). Desde la perspectiva adoptada, el libro resultará útil no sólo a los universitarios de la especialidad, sino, en general, a cuantos lectores sientan interés por cuestiones morales y filosóficas. No podemos por menos de alegrarnos ante su aparición como lo haremos ante cualquier intento de facilitar al lector español el acceso a los textos filosóficos griegos siempre que tal intento se ofrezca, como en este caso, en forma clara, rigurosa y atractiva.

El libro consta de tres partes perfectamente diferenciadas. Comienza con un estudio introductorio de C. García Gual sobre Epicuro, su circunstancia histórica y personal y su teoría y praxis morales. Se trata de una disertación clara, a veces apasionada, y sugestiva en todo momento, notable por su comprensión y su calidad literaria. En la parte central se nos ofrece un conjunto de textos con los pasajes epicúreos más relevantes desde el punto de vista moral: la *Carta a Menecio*, las *Máximas Capitales*, las *Sentencias Vaticanas* y una selección de fragmentos y testimonios hasta un total de cuarenta y ocho. Para el texto griego se han servido los autores de la edición de Oxford de Diógenes Laercio (en la *Carta a Menecio* y las *Máximas Capitales*), de la edición de Arrighetti (en las *Sentencias Vaticanas*) y de la colección de H. Usener (en los fragmentos y testimonios; en cada uno de ellos se indica la numeración correspondiente de H. Usener). La traducción me parece excelente. La tercera y última parte —obra de E. Acosta— contiene un análisis de los temas y conceptos centrales de la moral de Epicuro: los dioses y la muerte, el placer y el dolor, la virtud, la amistad, etc. En cada caso se expone el punto de vista de Epicuro al respecto, relacionándolo y contrastándolo con los de otros filósofos griegos, especialmente Aristóteles. El estilo es sobrio y la exposición adecuada.

Si bien cada una de las partes es notable y eficaz en su contenido, la obra en su conjunto resulta carente de unidad, especialmente por lo que a la primera y la tercera parte se refiere. Y es que se trata no tanto de una obra escrita en colaboración cuanto de la juxtaposición de dos trabajos independientes y, en cierto modo, paralelos. Ello hace que no escaseen las repeticiones y que el conjunto pierda armonía y equilibrio, lo que seguramente es consecuencia de la concepción misma del libro. Teniendo en cuenta el trabajo realizado por C. García Gual y E. Acosta, me atrevería a sugerirles que acometieran la tarea de una edición completa, crítica y bilingüe de los textos epicúreos. Muchos nos alegraríamos de poder contar con ella.

TOMÁS CALVO

MARTIN, JEAN-PIERRE.—*La Rome Ancienne*. Vendome, P. U. F., 1973, 339 pp. + un cuadro cronológico.

Condensar la historia de Roma en 350 páginas escasas presupone abandonar todo lo que signifique profundidad. Por eso, aunque la inexistencia de un prólogo nos impide conocerla, creemos que la intención del autor ha sido hacer una obra de divulgación sin mayores pretensiones. Eso parece corroborar la bibliografía general, y más bien escasa, que acompaña a cada capítulo como apéndice final. Por lo demás, nunca se plantea el estado de ninguna cuestión, limitándose el autor a una descripción rápida de la sucesión histórica. Naturalmente, la extensión del libro tampoco permite más.

La estructura se repite casi siempre de la siguiente manera:

- narración (generalmente rápida) de los hechos políticos y civiles de cada época,
- narración de la situación interna de Roma, deteniéndose fundamentalmente en los problemas sociales,
- exposición de los aspectos económicos, religiosos, literarios y artísticos, correspondientes a cada época.

Dentro de este esquema general nos parece que el período de la monarquía ha sido resumido en extremo. El lector no encontrará planteados los problemas del poblamiento de la península, del pueblo etrusco o los orígenes de Roma. Siguiendo la típica disposición francesa, se encontrará la contraposición entre leyenda e historia, para tratar inmediatamente la constitución de la sociedad romana en sus primeros tiempos, también de una manera general.

La República y el Imperio son las etapas que atraen la mayor atención del autor, dentro del sistema que hemos señalado anteriormente. Dicho sistema tiene la ventaja de ofrecer los diferentes hechos políticos o sociales con una concatenación ininterrumpida, pero a veces se pierde la visión simultánea, también necesaria. Algunos hechos, como las reformas de los Gracos o las Guerras Púnicas, por ejemplo, tal vez no incidan suficientemente en la trascendencia que tuvieron. No obstante, hay que recordar nuevamente la limitada extensión del libro. El siglo I a. C. está visto bajo el prisma de las grandes personalidades que lo jalonan: Mario, Sila, Pompeyo, César y Augusto, lo que hace ver en un segundo plano el verdadero fondo político, social y económico que motiva la ascensión de dichos personajes.

La última etapa, que abarca desde la gran crisis de la anarquía militar hasta la muerte de Teodosio, continúa con el mismo sistema. Pensamos que se debía haber prestado más atención a la importancia que la situación económica tuvo para la citada crisis. Desde ahora adquieren una relevancia destacada sobre los demás, los asuntos religiosos, cosa natural, puesto que la religión cristiana y la Iglesia adquieren una preponderancia manifiesta a partir de Constantino, y las relaciones Estado-Iglesia interesan y preocupan a los emperadores casi tanto como las invasiones del exterior.

El libro va acompañado de un cuadro cronológico de los emperadores romanos y una bibliografía general, no excesivamente amplia pero suficiente para los fines que han debido guiar al autor.

Tal vez, y atendiendo a su carácter divulgatorio, se eche en falta la inclusión de unos cuadros esquemáticos, que, a la cabeza de cada capítulo, den una visión

conjunta, clara y precisa para el lector. Por lo demás, el libro procura recoger todos los diversos aspectos relativos a la historia, y su lectura resulta fácil y agradable.

J. L. RAMÍREZ SÁDABA

FEDÉLI, PAOLO.—*Il carme 61 di Catullo, Seges (testi e studi filologici e letterari pubblicati della Facoltà di Lettere dell'Università di Friburgo Svizzera)*. Friburgo, Svizzera, Edizioni Universitaire, 1972. 143 pp.

Ingente obra la llevada a cabo por Fedeli en esta completísima monografía sobre uno de los más bellos, difíciles también, de los poemas de Catulo. A lo largo de sus páginas Fedeli despliega, junto a una gran sensibilidad, fruto de su dedicación filológica, una inacabable serie de conocimientos de primera mano. Ciertamente, es tarea compleja abordar un tema como el que ha ocupado a Fedeli, es decir, descubrir por dónde pasa la línea original en un autor latino. Su dependencia de las fuentes griegas es evidente. No obstante, siempre es posible encontrar en un autor latino, máxime cuando se trata de una primer figura, un rasgo que hace de su obra algo totalmente distinto a lo griego. Ahí está precisamente la grandeza de lo griego, en haber entregado un material y una visión, susceptibles de reinterpretación o de empleo diferente, que culmina en obra de acoplamiento hacia la perfección del conocimiento sobre lo humano. El primer acierto de esta monografía ha sido el tratar el c. 61 como una pieza literaria y no como una estricta documentación sobre las fases del matrimonio en Roma. Fedeli no niega que el historiador pueda sacar alguna confirmación de su trabajo investigador, lo que niega, con correcta firmeza, es que esta pieza sea un mero trasunto de la realidad. Y es así, como pieza de creación literaria, como puede calibrarse la dependencia del modelo griego (no exclusivamente sáfico) y de su independencia también. A lo largo de sus seis capítulos, el autor, siempre desde la disciplina filológica, propone precisiones, interpretaciones, etc., que van poniendo ante los ojos del lector toda la gama de sugerencias que el poema entraña y ello con un lujo de pasajes paralelos que no dejan de aportar nueva luz sobre esta composición. Discute sobre cuestiones textuales, sobre lo que denominaríamos hoy «niveles de lengua». Hay, por supuesto, una fina inquisición psicológica, apoyada en Ferrero, casi siempre. El capítulo dedicado a la *deductio* y a la *fescennina iocatio* pone de manifiesto la originalidad creadora de Catulo, que no se ha limitado tampoco a recoger materiales griegos para acoplarlos de cualquier forma en esta poesía, sino más bien ha ido introduciendo elementos que le sugerían la creación de atmósfera, jugando con las fuentes griegas: los elementos dramáticos, que podían conferir un *pathos* más intenso, aun a despecho de exactitudes históricas contemporáneas e institucionales, y que abocan, finalmente, en una creación hondamente personal. Un gran conocimiento lingüístico viene a fundamentar la interpretación filológica y sirve de entrada a una sutil interpretación estilística, sin radicalismos ni exclusivismos de ningún género, manteniéndose en este terreno en una posición mesurada, que le hace rendir al máximo, dando lo que promete. Es difícil moverse con autoridad en un terreno que arredra a cualquier investigador por la riqueza y familiaridad de conocimientos que exige, y en ello el pro-

fesor italiano muestra una gran altura. Es así, a través de monografías como la presente, la forma más oportuna y propia de reconciliar los saberes lingüísticos y filológicos. La intuición y la finura de interpretación se ven beneficiadas siempre que acompaña un profundo saber de la lengua y de los recursos de utilización de la misma. Tanto el historiador de la literatura como el investigador lingüístico encontrarán aquí un ejemplo de coordinación de saberes que ponen con su contribución al estudioso en la situación más idónea para el conocimiento exacto de una problemática. Una problemática tan espinosa como la dependencia y originalidad de los latinos respecto de los griegos: cuestión que ha hecho correr ríos de tinta. Uno en esta cuestión se atrevería a sugerir el juicio, iluminador a lo que parece, de Chateaubriand: la originalidad no consiste en no imitar a nadie, sino en hacer obras inimitables. ¿Pasará por aquí, precisamente, la tan traída y llevada cuestión? ¿No será más rentable calibrar la originalidad en la consecución de una obra literaria no tanto por el aparato erudito empleado, innegable en muchas ocasiones, en otras no tanto (y el mismo profesor Fedeli parece adherirse a esta opinión en pp. 83-84, bien que parcialmente), sino por la reinterpretación que de los mismos se hace? Un solo reparo al juicio, excelente por demás, del autor. En la p. 121 declina una interpretación alegórica del poema, como expresión del dolor de amor no conseguido por parte de Catulo. Si esta interpretación se hace valer como la única, debe rechazarse, pero ¿por qué no mantenerla en diálogo desde dentro del mismo Catulo, quien al tiempo que se une a tal feliz circunstancia revela su ilusión imposible? Con ello la obra de Catulo resultaría también original en el sentido que a tal palabra otorga Kahler, como la reveladora de lo originario y auténtico del ser.

E. OTÓN SOBRINO

SERBAN, GHEORGHE.—*Les fonctions du fantastique dans la Pharsale*, Series studiorum classicorum II. București, Ovidianum 1973. 63 pp.

Un breve opúsculo sirve a Serban para hacer, con bastante originalidad, varias contribuciones importantes para el conocimiento del papel que en la estructura de la *Pharsalia*, epopeya típicamente histórica, desempeñan los elementos imaginarios: en este sentido, especialmente para las «descripciones» —pp. 36-38 sobre todo—, parece que debe entenderse el término «fantastique», es decir, no solamente referido a relatos o partes de relato de base mítica o preternatural (presagios, sueños, magia), sino también a lo que pudo ocurrir, pero que Lucano difícilmente pudo encontrar en sus fuentes en presa: los detalles de la batalla naval en el canto III, tortura de la sed en el IV, de la mordedura de serpientes en el IX, etc.

Estas contribuciones originales no se presentan descarnadas, sino encuadradas en una argumentación amplia, que, pese a estribar en consideraciones más conocidas (especialmente pp. 11-14 y 26-31), no deja de ser interesante: refleja un notable conocimiento de las cuestiones y capacidad crítica por parte del autor. Así, se revela partidario de la inconclusión del poema (argumentando a base del «virgilianismo» lucáneo, se alía entre los que suponen 12 cantos en el proyecto del poeta, en coincidencia con la *Eneida*); de reconocer varios héroes principales,

siguiendo a J. Brisset; de la composición en tetradas, apoyando a B. Martín, etcétera. Especialmente difícil se hace asentar a la idea de raigambre brissetiana de que Pompeyo sea en el poema la personificación del Destino (recalcado varias veces a partir de p. 11), con olvido del papel actuante que a la ambición del Magno se reconoce en pasajes tan significativos como los del c. I de parte del propio poeta (al hablar de los *tres dueños* que se reparten la *posesión* de Roma), y en el IX en boca de quien Şerban reconoce también como portavoz del autor mismo (a saber, Catón), frente a la postura de objeto de la veleidat de la Fortuna que efectivamente se le atribuye en las reflexiones inmediatamente posteriores a la narración de su muerte.

Pero, probablemente, no empañarán el mérito de la parte fundamental de la obra ni las discrepancias que puedan suscitar estas apreciaciones ni deficiencias menores que parecen debidas a una cierta prisa en la disposición de la obra: la llanura en que el poeta sitúa el culmen de la guerra se llama *Emanthie* en p. 8 y se insiste en la grafía errónea en una nota (*Emanthios*); la escena de magia se atribuye al canto VII en p. 17 en lugar de al VI (como se hace correctamente en el resto de la obra); en p. 20, al aludirse al papel de los prodigios en Livio, se hace referencia sólo a los de los ll. XXI-XXII, como si no los hubiese en el resto de su obra; pp. 32, 54 y 60 no hay referencia de autor de pasajes que se citan extensamente; a partir de la llamada 66 no hay correspondencia con las de las notas respectivas. Ello aparte de otras muy abundantes desfiguraciones de términos, que no merecen consignarse ante la evidente dificultad que representa editar una obra en lengua ajena.

Por encima de ello, la contribución de Şerban se hará imprescindible en los futuros estudios lucáneos por su fundamental interpretación de los distintos elementos fantásticos del poema: entre otras funciones a nivel más superficial, destacan por su acierto y profundidad los atribuidos a presagios y sueños: recurrencia anticipativa y creación de ambiente favorable al apóstrofe en la expresión y a la aceptación del determinismo estoico en el pensamiento (pp. 23 y 26); el episodio de la magia, con sus características execrables, proyecta una desaprobación sobre la realidad a que se aplica, la guerra civil, y alegoriza la decadencia de la época; la marcha a través de Libia supone una exigencia de purificación moral para quienes habían combatido hasta entonces en uno de los bandos de la lucha; constituye el precio al que se consigue la legitimación de la campaña que, a partir de entonces, librarán a las órdenes del sabio estoico, prototipo antonomástico de la *Virtus*, Catón, que, con sus acciones y omisiones a lo largo del episodio, les irá sirviendo de maestro en el camino de la moralidad.

A buen seguro, también en este plano fundamental, las opiniones de Şerban no serán para todos convincentes en un mismo grado. Máximo, probablemente, en las primeras que se han citado aquí explícitamente, será quizás menor cuando se empeñe en que el episodio de la sed de los afranianos (c. IV) es «necesario» en el poema e incluso en la mencionada purificación a través del Africa: Catón sufre igual, y no necesita «purificarse», pues Lucano ya le exculpó totalmente al justificar (c. II) su toma de partido en la lucha, frente a Bruto, que le recomendaba la abstención.

S. MARINER BIGORRA

WILLE, GÜNTHER.—*Der Aufbau des Livianischen Geschichtswerks*. Heuremata. Studien zu Literatur, Sprachen und Kultur der Antike, Bd. I. Verlag B. R. Grüner bv. Amsterdam, 1973. 124 pp.

La tesis de este libro es que la obra histórica de Tito Livio está sistemáticamente construida sobre la base de una sucesión de conjuntos de quince libros —*pentekaidékades*—. Cada una de estas series posee una unidad temática, a la que el a. en el esquema con que en el apéndice 1 (pp. 118-119) resume esta parte de sus conclusiones, se siente capaz de dar un título: la sumisión de la Península Apenina; la época de las dos guerras púnicas; la época de las guerras en Oriente (que termina con el libro 45), etc. Desde el libro 46 las siguientes *pentekaidékades* se centran en torno a un personaje: el segundo de los Escipiones, Mario, Sila, Pompeyo, César, Octaviano. La décima y última habría quedado interrumpida en el libro 142 por la muerte del autor.

Esta ordenación sistemática de la historia romana, con las correspondientes cesuras primarias entre las series de quince libros y secundarias entre péntadas, encontraría su confirmación, en la tradición dependiente de Livio —Floro, Festo, «Aurelio Victor», Orosio, Eutropio, especialmente en estos dos últimos—.

El prefacio del libro XXXI, sobre el que ya habían llamado la atención otros comentaristas, es para Wille la clave de la nueva investigación. En él Livio habla claramente de dos partes de quince libros cada una. El comienzo de la perióca del l. XVI (*Origo Carthaginensium et primordia urbis eorum referuntur*) sería una primera confirmación de esta estructura de base quince.

En un detallado examen de los libros XXXI- XLV (pp. 15-45) el a. descubre una triada de bloques de cinco. Con esta primera conclusión vuelve luego sobre los libros I-XXX (pp. 46-55), aplicando a cada uno de ellos las experiencias deducidas del capítulo anterior, y hallando una ordenación del contenido semejante —siempre con un tercer libro en cada péntada en que se refiere el hecho o la situación culminante—, y análoga composición literaria. Sobre las periócas y las otras fuentes dependientes de Livio prosigue el a. su examen, a partir del libro XLVI, confirmando sus hipótesis.

Resulta notable, y puede abonar la investigación de Wille, que algunos de los libros centrales de cada péntada —que él considera culminantes— son los que los críticos de formación historiográfica (Klotz, Bayet, Syme) han considerado lugares de articulación de la estructura de la obra de Livio: XLVIII, CIII, CVIII, CXXXIII...

Los conjuntos de quince libros determinados por el a. resultan en algunos casos cómodamente divisibles en péntadas, con lo que el libro de Wille no excluye, sino que más bien refuerza, el principio pentádico, que es el que yo considero acertado. En los libros siguientes a XLV el propio a. reconoce la escasa información que ofrecen las periócas, así como la debilidad de la luz que aporta la tradición indirecta, que en muchos casos provendría ya de epitomes de Livio.

La tesis de Wille no deja de ser sugestiva, aunque no sea absolutamente original (el término *pentekaidékades* se halla ya en Wölfflin). El intento de llevarla a sus últimas consecuencias, convirtiéndola en clave de la estructura de toda la obra, aparece desigualmente apoyado en argumentos históricos, literarios o de congruencia. Pero tiene a su favor el principio de que una obra tan extensa y de tan alta calidad literaria y retórica no podía dejar de estar ordenada de una manera sistemática y regular.

Wille escribe antes del artículo, también de 1973, de Alain Hus en la *Revue de Philologie*, y no distingue entre problemas de «composición» y de «edición». Yo creo que, evidentemente, los conjuntos de quince libros son muy extensos para la «edición». A mi juicio, como espero demostrar pronto en otro lugar, ésta se debió hacer por péntadas, tal como han dicho ya otros críticos, y sobre todo Walsh.

El examen del *status quaestionis* con que inicia Wille su trabajo es claro y completo (hasta 1972). El libro ofrece además la curiosa particularidad de haber sido escrito cuidadosamente a mano por el a. —«aus persönlichen und sachlichen Gründen»— e impreso fotomecánicamente sobre el manuscrito. Con las referencias a trabajos de alumnos suyos de Tübingen, Wille anuncia que su Seminario en esa Universidad va a ser un centro de investigaciones sobre Livio, tan activo como ha sido el de Erich Burck en Kiel.

A. FONTÁN

WIFSTRAND, A.—*Laonikos Chalkondyles, der letzte Athener*. Lund, Gleerup, 1972 (Scripta minora Regiae Societatis Humaniorum Litterarum Lundensis, 1971-1972 : 2). 41 pp.

Trátase de la versión alemana del texto de una conferencia sobre el historiador ateniense del siglo XV Laonico Calcondilas, del mismo ilustre linaje que Demetrio, maestro de griego de los humanistas italianos del Renacimiento y primer editor de un Homero impreso. Es su obra, ἀπόδειξις ἱστοριῶν, en 10 libros, fuente importante para el conocimiento de la historia del Mediterráneo en los siglos XIV y XV (años 1325-1453), vista no como por otros historiadores, para quienes Bizancio era el ombligo del mundo, sino por un ciudadano de Atenas y poniendo en el centro el proceso de extensión del poderío turco. El subtítulo «El último ateniense» tiene, para los lectores suecos, especiales resonancias, pues con este título hay una conocida novela de Viktor Rydberg, pero aquí el protagonista es un filósofo neoplatónico contemporáneo de Juliano, en el momento de la «reacción pagana», mientras que, para Wifstrand, se trata de ver en Laonico el último representante de aquellos griegos que veían en la Atenas clásica la muestra y el dechado, también en lo lingüístico. Sus modelos, no sólo de estilo, son Heródoto y Tucídides, y la obra, en lo estilístico, se alinea en la corriente más sobria y sencilla de los historiadores bizantinos, que tiene sus representantes típicos en Juan Cinnamo, en el siglo XII, y en el emperador Juan Cantacuzeno, en el XIV; no en la línea, más retórica, de un Teofilacto Simocattes, en el siglo XII, un Nicetas Coniates, en el XIII, y un Nicéforo Gregoras, en el XIV. El segundo punto principal, luego del estilo, estudiado por Wifstrand, concierne al texto y su historia, pues el de Calcondilas, tan cercano ya a la imprenta, es quizás el que nos ha llegado más corrupto de toda la literatura griega, tal vez por basarse en una pésima copia debida a un copista incompetente, acaso un veneciano con escasos conocimientos del griego, y así pululan las faltas contra la gramática y contra el sentido común, de suerte que algunos editores (así Bekker) han renunciado a decorar el texto, allí donde el copista avería, cuyo resultado es que nos ofrecen un texto con harta frecuencia ilegible. Wifstrand completa su estudio con una recensión crítica de las sucesivas ediciones impresas, desde la traducción latina de Conrad Clauser

(Basilea, 1556) y la príncipe griega de J. B. Bambach (Ginebra, 1615) hasta la más reciente del húngaro Eugenio Darkó (1922-27), pasando por las de A. Fabrot (París, 1650) y, sobre todo, I. Bekker. De paso, y al hilo de esta historia, Wifstrand expurga algunos textos y propone algunas enmiendas sugestivas.

La publicación es póstuma, pues su autor, desde 1935 profesor de Griego en la Universidad de Lund, falleció en 1964. En homenaje a Albert Wifstrand cierra el opúsculo una lista de sus publicaciones (1923-71) recopilada por Sven G. Sjöberg, que comprende 211 números y testimonia la laboriosidad y competencia del fallecido helenista, al que recordaremos siempre por libros tan notables y que tuvieron tanto éxito de aprecio como su *De Calimaco a Nonno* (1933), entre otros estudios estimables de métrica griega, o sus ocho series de ΕΙΚΟΤΑ (de 1931 a 1964), con enmiendas e interpretaciones de textos griegos tardíos del helenismo y la época imperial, que conocía a fondo y en los que su erudición campeaba de modo excelente.

J. S. LASSO DE LA VEGA

#### IV. VARIA

AUTORI VARI.—*Contributi dell'Istituto di Storia Antica*. A cura di Marta Sordi. Volume primo. Pubblicazioni della Università Cattolica del Sacro Cuore. Vita e Pensiero. Milano, 1972. 219 pp.

La presente obra es un «zibaldone», de todo rigor científico, publicado por la Universidad Católica de Milán. Constituye el primer trabajo de investigación sobre historia antigua que se forja en el Istituto di Storia Antica de la citada Universidad (a pesar de que su Sección de Filología Clásica publicó en 1963 un volumen dedicado también a la investigación sobre aspectos de historia antigua). Varios de los artículos que lo componen proceden de materia expuesta en seminarios críticos durante el curso académico 1970-71.

La mayoría de las colaboraciones tocan aspectos relacionados con el mundo romano. C. Milani y E. Luppino, por su parte, dedican su interés a esclarecer puntos muy concretos de la historia de Grecia, siempre interesantes. El trabajo de la madera en los textos micénicos, firmado por Milani (pp. 5-46), muestra cómo la historia y arqueología concernientes al auge de Micenas tienen una confirmación lingüística en las tablillas. Los textos en lineal B, utilizados como fuente por la autora, atestiguan la difusión de ciertas maderas; vgr., *suza* o de higuera, *pterewa* u olmo, *erika* o sauce, *kupariso* o ciprés. Su fin primordial era la fabricación de instrumentos de trabajo, tracción, labores de artesanía y trenzado y armas. Entre éstas, el arco de madera, difundidísimo en todas las culturas del Mediterráneo oriental, está patente en el compuesto *tokosouoko*.

Los Pelasgos y la propaganda política del siglo V a. C. (pp. 71-77) no es una investigación sobre el complejo origen étnico de éstos, avisa E. Luppino, su autora. Es, más bien, una muestra de la revalorización del citado pueblo en el tiempo y la obra de Esquilo, con un fin muy concreto. El autor trágico ofrece en *Las*

*Suplicantes* una caracterización de Pelasgo, rey de Argos, como jefe democrático de una conferencia comprendida por Atenas, Argos y Tesalia. Es innegable la alusión directa a Pericles y el realce de este estadista, para hacerle más fuerte frente a su adversario Cimón, conseguido por la citada trasposición mítica.

La heterogeneidad de las aportaciones centradas en el mundo romano exigiría una atención particular de cada una que no resulta viable por motivos de espacio. Sin embargo, late en todas ellas el mismo fin de investigación: observaciones detalladas de ciertos acontecimientos históricos, de su génesis y forma de expresión, permiten afirmar la existencia de la propaganda en el mundo clásico con fines similares a los del nuestro actual. Resaltar los diversos aspectos de la propaganda y manipulación en la antigüedad será también el cometido del segundo volumen de esta serie, y que, por necesidades de programación, hemos criticado simultáneamente a este primero. Estas son las monografías que lo completan: M. Sordi, «La leyenda de los Dioscuros en las batallas de Sagra y del lago Regilo» (pp. 47-70); R. Vianoli, «Carácter y tendencia de la tradición sobre Emilio Paulo» (pp. 78-90); N. Criniti, «L. Cornelio Escipión Asiagenes Emiliano, segundo colonizador de Como en el 77 a. C.» (pp. 91-97); A. Pallavisini, «Tradicción y novedad en la opinión de César sobre los bárbaros en *De bello gallico*» (pp. 98-107); G. Dipersia, «La concesión de la ciudadanía romana a Gades en el 49 a. C.» (pp. 98-120); G. Voi, «*Clementia* y *lenitas* en la terminología y propaganda cesariana» (pp. 121-125); V. Manfredi, «Las operaciones militares en torno a Módena en abril del 43 a. C.» (pp. 126-145); Grupo de investigación sobre la propaganda antigua, «La integración de Italia en el Estado romano a través de la poesía y cultura proto-augústeas» (pp. 146-175); R. Toniolo, «El problema de los *duoviri* en su nuevo epígrafe de época imperial, hoy en Vicenza» (pp. 176-179); N. Gasparini, «La muerte de Teodosio padre» (pp. 180-197); N. Criniti, «Cuatro epígrafes de Verona de la colección Moscardiana» (pp. 198-211); L. Veneziano, «La vía Claudia Augusta en el alto Val Venosta» (pp. 212-219).

Hemos elegido para su comentario la discusión sobre la integración de Italia dentro de Roma-Estado, por considerar que resume las tendencias más generales del presente volumen. Su tema, tan sugestivo, se apoya en una selección de textos literarios de poetas pertenecientes a la época de Augusto, y asiduos en su mayoría del círculo de Mecenas. ¿Hasta qué punto el testimonio de estas fuentes literarias refleja la integración italiana tras la guerra civil y ensalza la *pax augustea*? Es claro que no podía pasar desapercibida la nueva política de Octaviano, quien remozó con su *consilium principis* la actuación e influencia de la vieja *nobilitas*. Sin embargo, a pesar de esta renovación se trasluce claramente en los poetas que Italia es un entrelazado de grupos étnicos diversos cada uno de los cuales aporta algo distinto para la exaltación del *mos italicus*. Se caracteriza el presente artículo por una sabia elección de los textos que, en ocasiones, unen a su intencionalidad una clara belleza (Tibulo, Propertio, vgr.). Una idea presente y defendida a lo largo de todas sus páginas (y que también puede rastrearse, repetimos, en otras contribuciones de este volumen) es la supremacía de Roma como idea política frente a toda caracterización de tipo étnico. Roma es la única fuerza capaz de operar la síntesis entre la *virtus* aportada por cada uno de los grupos de distintas procedencias. Con la única meta de hacer más grande la Roma de Augusto, los poetas expresan sus enfoques particulares que demuestran la existencia de un antagonismo étnico y regional entre la Italia centro-meridional y la centro-septentrional que no es óbice, por su parte, a la glorificación de la política

integrista de Augusto. Vgr., Virgilio recalca en su obra la Italia de las virtudes familiares como son la *fides* y la *pietas*, de un añejo sabor etrusco. Los valores más dignos del pueblo romano residen para Horacio en la herencia sabélica, famosa por su tenacidad y arrojo guerrero. Y hasta en las quejas elegiacas de Propertio, para quien todo es vano, se destacan un interés en la *propagatio* de los valores del incipiente Imperio.

Resaltemos que la bibliografía utilizada por los diversos autores es muy completa a la par que actual, no sólo en lo referente a autores modernos, sino también en lo que atañe a crítica de fuentes. Los artículos sobre epígrafes adjuntan reproducción fotográfica y el de Veneziano, de carácter topográfico, croquis del terreno estudiado.

E. CONDE Y GUERRI

HOUSMAN, A. E.—*The Classical Papers of...* Cambridge University Press, 1972.  
3 vols.: I (1882-1897), XV + 421 pp.; II (1897-1914), VI + 422-902 pp.;  
III (1915-1936), VII + 903-1318 pp.

Alfred Edward Housman, nacido en 1859, profesor de Latín en el University College de la Universidad de Londres (1892-1911), y profesor Kennedy de Latín en la Universidad de Cambridge desde 1911 hasta su muerte en 1936, fue un filólogo eminente, aparte de haber sido el poeta distinguido, y más admirado cada día, de «El muchacho de Shropshire» (1896), «Últimos poemas» (1922) y «Más poemas» (obra póstuma). Personalidad singular y enigmática (¡qué admirablemente captada está su fisonomía espiritual en el retrato por Sir Mortimer Wheeler, reproducido en la obra que reseñamos!), ya desde niño, en su casa de Worcestershire, su precoz felicidad para la versificación anunciaba al futuro poeta sensitivo, mientras que sus aficiones astronómicas, en el planetario que él mismo se construyera, anunciaban al futuro editor de Manilio. No hablemos de su poesía, pues no es ahora de nuestro asunto. Debemos referirnos a sus calidades de filólogo y crítico de textos. En este aspecto hay que reconocer que, dentro de los límites que a sí mismo se impuso, era un gigante, el legítimo heredero de Bentley (a quien, no sin ironías, llamaba en una ocasión «pedante arbitrario y sin gusto» *CR* 34, 1920, p. 110), por la maestría para vencer las dificultades de un texto y para entender el sentido de las palabras del autor, lo que quiso decir y lo que realmente dijo; pero menos arbitrario y violento que Bentley, no tanto por su mayor habilidad lingüística o erudición factual, cuanto por su honestidad y su valor, entre otros, el de cercenar de sus comentarios escritos u orales toda concesión a la estética literaria (él, apasionado amante de la poesía que, sólo con venirle a la memoria un buen texto poético, se le erizaba la piel y ya no podía seguir afeitándose: así lo cuenta G. Highet, *La tradición clásica* II, trad. esp., México-Buenos Aires, 1954, p. 300) y el valor de reducirse, cuando no era caso de más, a las pequeñas correcciones de un texto (el cambio de un entrecorado o el bien poner las pausas).

Durante muchos años su mérito como crítico de textos no fue reconocido fuera de Inglaterra. Bien es verdad que el inglés no era entonces lengua tan familiar como lo sería después y que Housman escribía una prosa tan noble como su verso, que convida a leerle, pero no sin esfuerzo. Además ocurría que Housman sentía

un desprecio electrocutante por aquellas medianías que, siendo más bien nulidades, pretenden pasar por eminencias. El joven amante de la exactitud que, habiendo oído un día a Benjamín Jowett, en Oxford, medir mal una cantidad silábica, no volvió más a sus clases (hay en esto cierta dosis de petulancia juvenil, pero cada página de la traducción platónica de Jowett nos pone delante al helenista, cuyo ideal era más lo educativo de las *Litterae humaniores* que lo científico) y que si fracasó en el examen de «Greats», en Oxford, fue por amor de la exactitud, no podía después, cuando maestro, comportarse de otra manera. Esos episodios biográficos nos proporcionan una comprensión de que sus temidas críticas no se debían a deseo de mostrar gusto difícil y descontentadizo. Era proverbial su furia por debelar el falso mérito, mediante los violentos correctivos de la controversia rigurosa, el sarcasmo devastador y los rasgos de humor de efecto saludable. Cerraba contra los tales sin más cautelas ni contemplaciones y su crítica acerada pesaba más con sus pocas palabras que muchos párrafos de censuras disueltas en tinturas de eufemismos. Persona de tan malas pulgas críticas es natural que recibiera, a la vez que diera, algún bote de lanza y que las hormiguillas filológicas, apaleadas por sus disparos críticos, le rodearan de la más mortificante respuesta, la del silencio... Pero, sobre todo, es que en la Europa de la época reinaba una falsa idea del «método» en crítica textual, como si ésta fuera una ciencia exacta y, en cambio, Housman sabía que hay multitud de problemas crítico-textuales que no se resuelven por un método aplicado «a priori», sino que la aproximación empírica al caso individual, con escrúpulo y honestidad, pero también con valentía, ofrece el único camino abierto a la corrección del texto. Esto, su felicidad para hacerlo, es lo que algunos no le perdonaban. «They reject emendation as long as they can, and when they can reject it no longer they take their revenge upon the emendator by concealing his good action, lest it should breed others. The most annoying of all conjectures is the true conjecture which cannot any more be called false» (prefacio a la edición de Lucano, p. XXIX).

Los «papeles clásicos» de Housman son unos 150, en general de extensión reducida (bastantes, de breves líneas) y de ellos, unas 40 recensiones; una media de tres por año de actividad. En cantidad, esta producción no parece impresionante. Housman no era una de esas personas, filólogos a su decir, que escriben y escriben y, con manía eyectiva, cada poco tiempo arrojan el proyectil de un volumen más sobre la cabeza del público sufrido, tomos formidables por su extensión y llenos de amenazas de futura fecundidad, porque tales señores tienen una actividad de ardilla que marea y su misión es meterse en todo y en todo necesitan dar su opinión particular: pero, claro está, esos megaterios tipográficos lo primero que pregonan es la falta de estudio serio y prolongado de las materias que tocan y, por ello, vienen a ser documento de que sus autores desconocen la suma total de las reglas de la crítica para abordar tales temas, exhibicionismo desaforado e indecoroso de su grandísima ignorancia: en una palabra, que la manía de escribir sigue invadiendo a la masa de los que debieran contentarse con leer, con emplear sus ocios en estudiar mucho más y no escribir a destajo, en leer lo bueno que ha sido escrito, más que en escribir lo malo que ellos escriben.

Como editor no fue Housman de la clase de los editores «calentéricos» de multitud de textos. Aparte el *Ibis* de Ovidio, editó a tres poetas latinos: Juvenal (1905), Lucano (1926) y Manilio (entre 1903 y 1936). Su Juvenal fue preparado en poco tiempo. A Lucano lo editó después de un trabajo intermitente, a lo largo de 14 años de leerlo en las clases. El Manilio fue su monumento como editor (200

páginas de introducción y 600 de apretadas notas críticas y exegéticas): la edición fue terminada en 1930 y seguida, en 1932, de una «editio minor».

Pero, aparte esas ediciones, Housman ejerció labor de revistero, poniendo apostillas o reservas y salvedades a la labor de otros críticos de textos, así latinos como griegos, y desparramó, por periódicos filológicos, muchas notas y comentarios de propia Minerva, sobre todo de tema latino. Lo griego le atrajo, sobre todo, cuando más joven. Entre 1887 y 1892 se datan algunas notas críticas sobre autores griegos, especialmente los trágicos, y, en sus años de docencia en Londres, se ocupó también de la cátedra de Griego, vacante por entonces. El descubrimiento de papiros (Baquílides, Menandro y Calímaco, en especial) incitó algunas contribuciones cuyas críticas y, todavía en 1925, su recensión del Sófocles de Pearson documenta su interés por la crítica de textos griegos. Pero porque «no podía alcanzar la excelencia en ambas», se fue restringiendo, cada vez más, al campo de la literatura latina.

En la gran familia filológica hay lugar para temperamentos y vocaciones asaz diferentes, para el filólogo que recoge y colecciona, para aquel que interpreta, para aquel que resuelve problemas. En cada una de estas actividades hay sus vicios (el coleccionismo alicorto, la logorrea, la indisciplina en la crítica); pero, bien llevadas, todas merecen el dictado honroso de filología. El filólogo editor pertenece seguramente a la tercera clase: resuelve problemas. El editor es, ante todo, como solía decir Housman, un «crítico», es decir, uno que κρίνει; y su texto nos provee la prueba de su capacidad de juicio. Esta era, en Housman, muy grande, así como su independencia de las convenciones. Nunca confundió «moderación» con falta de originalidad. La esencia de la crítica textual está en el κρίνειν, y el buen crítico de textos tiene que comprometerse y, sin caer en la arbitrariedad, no incurrir tampoco en escrúpulos timoratos, cuyo resultado será una de estas dos cosas: o un texto que el autor no sólo no escribió nunca, sino que no pudo escribir nunca, o bien un cementerio de cruces filológicas. El buen crítico no debe sentir un temor reverencial excesivo a comprometerse en un texto legible e inteligible propio, poniendo en operación su juicio crítico. Bien sé que no ha sido últimamente ésta una actitud con buena prensa y sospecho que, de haber nacido en nuestro siglo, a filólogos geniales como José Justo Escaligero o Bentley se les habría tenido quizá por unos malos filólogos. Pero tampoco se me oculta que acaso hoy estamos algo de vuelta de tanto conservadurismo sin sentido, sin sentido digo porque hoy conocemos mejor que nunca el valor relativo de nuestra tradición textual y, por ello, vamos apartándonos del fetichismo de la letra manuscrita. No para volver, bien entendido, a la omnímoda anarquía de otros tiempos; sí, para perderle el miedo a la *emendatio*, que en nuestro caso no dejará de ser nunca la corona misma del arte crítica.

A los excesos del método hipercrítico sucedió, en nuestro campo, un hipocritismo no menos censurable. Llevado de unas exigencias pseudobjetivas, mucho editor actual defiende hipocriticamente una lección indefendible. La preocupación de tocar lo menos posible el texto se antepone a la preocupación por encontrar la enmienda más en consonancia con el sentido del pasaje. Por debajo de tanta sedicente moderación y conservadurismo, con frecuencia ¡cuánta falta de fantasía y de inteligencia se disimula! Hay correcciones y conjeturas indubitables, de esas que aportan absoluta *πειθανάγκην* y que, en algunos casos, han sido luego confirmadas. ¿A qué negar entonces, el derecho a la conjetura, con tal de que ese derecho no se convierta en lo que Hermann llamaba *lusus coniciendi*?

La lectura de las notas críticas de Housman, así en sus ediciones como en sus contribuciones menores, me parece que, para el estudioso maduro y para el joven estudiante de crítica textual, es una experiencia imborrable. D. R. Shackleton Bailey (*experto credite*) ha confesado, alguna vez, que la lectura del Manilio de Housman fue, para él, algo memorable, pues encontraba, por fin, en el editor «unremitting, passionate zeal to see each one of the innumerable problems in his text not as others had seen it or as he might have preferred it to appear, but exactly as it was». Todo lector de estos trabajos críticos podría decir, más o menos, lo mismo. La lectura de las introducciones y tratados de crítica textual no basta para que el estudiante de estas materias se convierta en un buen editor. Mucho más útil le será, desde luego, el manejo reflexivo de las grandes ediciones antiguas y modernas y, también, el de las memorias y misceláneas que recogen el buen saber hacer de los grandes maestros. A las *Variae lectiones* de C. G. Cobet, los *Adversaria critica* de P. P. Dobree o de Joh. Nic. Madvig, los *Opuscula Academica* de J. Vahlen, tantas y tantas páginas de crítica de Wilamowitz o Eduardo Schwartz... se añaden ahora, cómodamente reunidos, estos «papeles clásicos» de Housman. Su autor había expresado su deseo de que sus escritos sueltos no fueran cogidos. En interés de la filología y en interés de las buenas letras inglesas, los señores J. Diggle y F. R. D. Goodyear han hecho muy bien en no respetar la voluntad del autor y nosotros les damos las gracias.

J. S. LASSO DE LA VEGA

HARRAUER, HERMANN.—*A bibliography to the Corpus Tibullianum* (Bibliography to the Augustan Poetry I). Hildesheim, Verlag Dr. H. A. Gerstenberg, 1971. 90 pp.

La utilidad de los repertorios bibliográficos no necesita ponderarse, pues resulta evidente. Aquí se nos ofrece desde el año 1900 hasta la fecha de la aparición de este librito completa la producción literaria sobre Tibulo que desde distintas perspectivas se han llevado a término. Para antes de la fecha de arranque no se ha pretendido la exhaustividad tal y como se nos afirma en el prólogo. La presentación, además, es clara y agradable, por lo que esta obra auxiliar cobra dimensión de primera necesidad por cuanto su atinada distribución de materias y sus tres índices (*locorum; rerum et nominum y auctorum*) permiten una pronta localización.

E. OTÓN SOBRINO